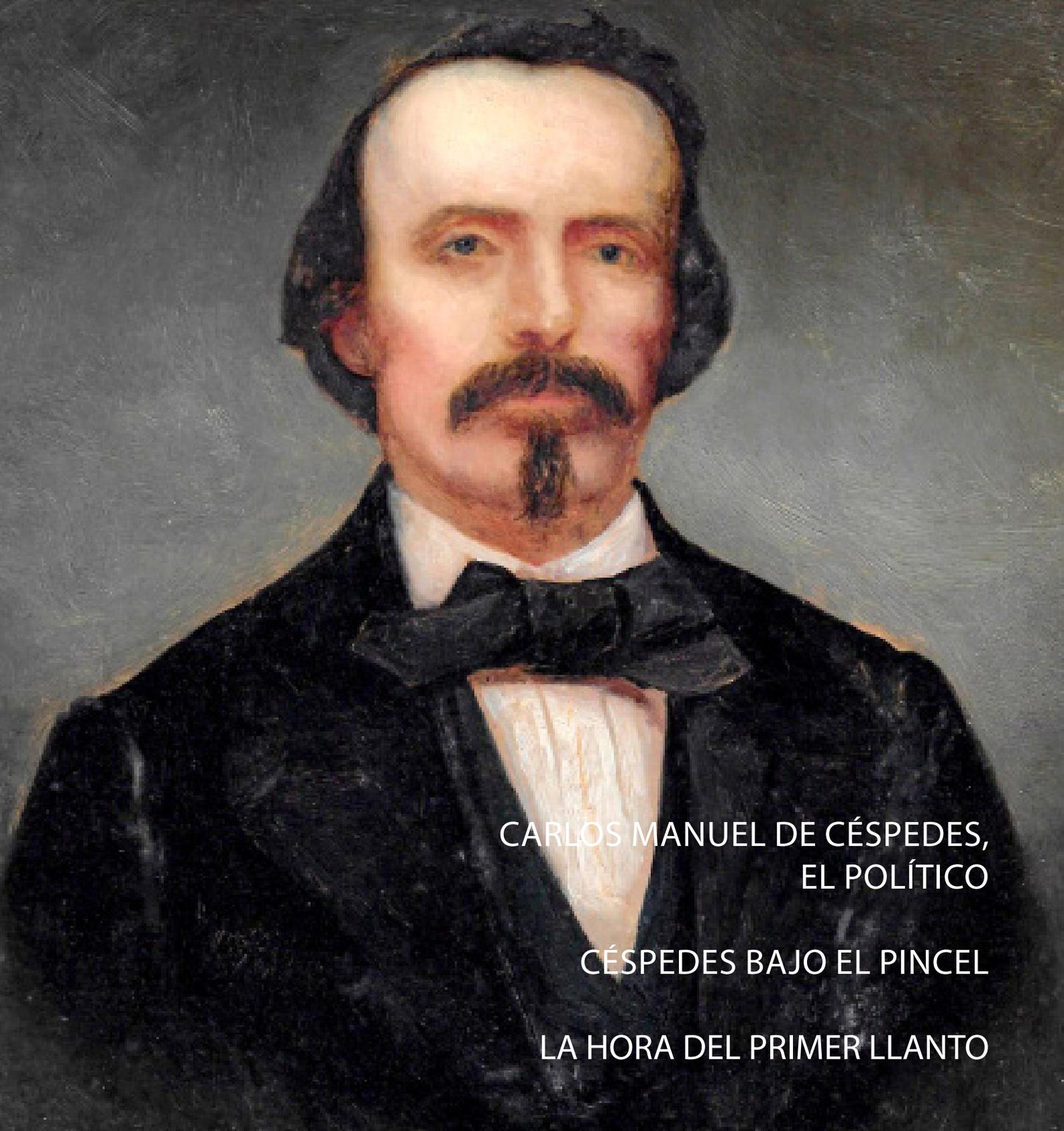


BAYAMO



Revista de la Oficina del Historiador de la Ciudad



CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES,
EL POLÍTICO

CÉSPEDES BAJO EL PINCEL

LA HORA DEL PRIMER LLANTO

Casa Natal del Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo Monumento Nacional

Revista BAYAMO

RNPS: 0671

No. 2 / 2023

EDICIÓN EXTRAORDINARIA

DIRECTOR: Ludín B. Fonseca García.

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Joel Jorge Prado Rosales.

COMPOSICIÓN Y DISEÑO: Alberto Miguel Nuevo Rojo,
Gustavo Adolfo Sanfiel Vasseur y Mirtha Leonor Ramírez
Sánchez.

CONSEJO EDITORIAL: Diurkis Madrigal León, Idelmis Mari
Aguilera y José Yero Masdeu.

EN PORTADA: Retrato de Carlos Manuel de
Céspedes y del Castillo. Autor desconocido. Siglo XIX.
Depositado en la Casa Natal de Carlos Manuel de
Céspedes.

EN CONTRAPORTADA: Escudo de la familia
Céspedes y del Castillo. Diseño computarizado por
Gustavo Adolfo Sanfiel Vasseur

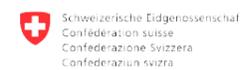
FOTÓGRAFOS: Alexis Rodríguez, Lino Valerino
Cambar y Luis Carlos Palacios.

Bayamo: Revista publicada por la Oficina del Historiador
de la Ciudad de Bayamo. Correspondencia y canje: Calle
Maceo, No.105, entre Martí y Mármol. CP 85100, Bayamo,
Granma. e-mail: revistabayamo@bayamo.ohc.cu

Facebook: [www.Facebook.com/Historia de Bayamo](https://www.facebook.com/Historia-de-Bayamo).

Teléfonos: 23 425839 y 23 427637.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. No se
devuelven originales.



Embajada de Suiza en Cuba

Agencia Suiza para el Desarrollo
y la Cooperación COSUDE



Red de Oficinas del Historiador
y del Conservador de las Ciudades
Patrimoniales de Cuba



ÍNDICE

5 CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES,
EL POLÍTICO

Olga Portuondo Zúñiga

12 CÉSPEDES: EL PRIMERO EN
ENTRAR A LA HISTORIA DE UNA
NACIÓN SOÑADA

Mercedes García Rodríguez

17 PALABRAS DEL DR. EUSEBIO
LEAL SPENGLER, HISTORIADOR
DE LA HABANA, EN EL ACTO
DE CONMEMORACIÓN DEL
BICENTENARIO DEL NATALICIO DE
CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES.
BAYAMO, 18 DE ABRIL DE 2019

24 CÉSPEDES: LA FRONTERA ENTRE
LA GLORIA Y EL OLVIDO

José Abreu Cardet

31 CÉSPEDES BAJO EL PINCEL

Aldo Naranjo Tamayo

37 LA HORA DEL PRIMER LLANTO

Miguel Muñoz López

41 BIOGRAFÍA NECESARIA

Ludín Fonseca García

Espada ceremonial y vaina obsequiada por la Junta de Mujeres Cubanas de New York, el 27 de diciembre de 1868. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes



CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES,

EL POLÍTICO

Olga Portuondo Zúñiga

Tras la publicación de El diario perdido, las valoraciones políticas sobre Carlos Manuel de Céspedes se han concentrado en su contenido. Llamó mi atención que la novela El camino de la desobediencia prescindiera, mayormente, de la ejecutoria política del Padre de la Patria en el periodo comprendido entre el 10 de octubre y su caída en combate el 27 de febrero de 1874. Sin embargo, son fundamentales las cartas de su esposa Ana de Quesada y la obra biográfica insuperable de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, con información suficiente en diarios y cartas que valoran su postura política en aquellos años cruciales de la Guerra de Independencia. De menor importancia, pero que enriquecen el análisis, son el diario de su hijo Carlitos y la correspondencia de su sobrino Francisco Estrada y Céspedes.

En la jurisdicción manzanillera se levantaba la torre-fanal Vargas, y el licenciado Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo,¹ como vocal secretario contador de la junta de Fomento, a nombre de su tío y suegro Francisco José de Céspedes, reclamó ante las autoridades competentes el impago de las maderas y piedras de cantería extraídas de los montes y terrenos pertenecientes al hato de Macaca, las cuales eran de su ancestral propiedad. Tampoco se les había solicitado autorización para la

ocupación de los terrenos donde se levantaba la torre y la habitación en el Cabo Cruz. Los Céspedes insistieron en la reclamación de los derechos de propiedad, y Carlos Manuel hizo gala de una rigurosa diplomacia para contener su ira, motivada por la usurpación de la cual su clan fue objeto por el estado liberal burgués español.

Detrás de las acciones infraestructurales del régimen metropolitano, se hallarían violentos despojos como el mencionado. Entre las medidas que más disgustaron a la oligarquía criolla del interior del país estaba el cese de todas las funciones (jurisdiccionales y departamentales) de las juntas de comercio y fomento por real decreto del 5 de julio de 1861. Era la mayor usurpación de los empleos municipales ocupados por los hacendados de aquellos territorios, quienes, desde este momento, carecían de poder de decisión en todo lo referente a su región.²

El comportamiento de la elite criolla bayamesa, dueña de hatos, era muy similar a aquellas familias que a mediados del siglo XVII se instalaron o consolidaron en la región oriental de la isla de Cuba. Las mismas conservaron el patrimonio agrario heredado a través de uniones endógenas que certificaban la solidez de la fortuna y cuya potestad se extendía mediante un sistema de agregados o dependientes sobre los cuales se ejercía influencia con lazos de parentesco real o artificial, como el de los compadrazgos. Predominó una fuerza de trabajo campesina (subalterna) que se aplicaba a la tierra en una organización que impedía extraerle el máximo de productividad y hasta los esclavos podían llegar a ser



libres al quedar encuadrados dentro del régimen de haciendas. El Padre de la Patria no se arredra para decirle a Anita: "A ese individuo que me llama guajiro, perdónale la ofensa que quiere inferirme y que de ningún modo lo es; porque yo tengo á mucho honor haberme criado en los campos menos esclavos de Cuba, y aunque no puedo compararme con esos grandes hombres, guajiros fueron Cincinato, G. Tell y J. Washington. Yo sentiría que con verdad me llamase ladrón, asesino, tirano".³ Característico de su clase son también los conflictos interfamiliares y de las cuales existen testimonios de los siglos XVII y XVIII. Estas diferencias atávicas subsistirían durante los preparativos del alzamiento y después serían una rémora para la unidad de estos patricios durante el conflicto armado.



Alfiler de corbata con su estuche. Casa natal de Carlos Manuel de Céspedes

La humillación de esta clase patricia torna más virulenta su actitud y traspasa las barreras de odio para el colonialista español desde mediados del siglo XIX, cuando la capitanía general arrebató el último bastión de poder político: los ayuntamientos, representaciones oligárquicas de aquella aristocracia

de la tierra desde la colonización. La ignominia quedó subrayada con el establecimiento de un tributo, gravoso en extremo, a los hacendados y sus dependientes. Piénsese en los versos que componía Carlos Manuel para referirse al medio que le rodeaba; otros también expresaban amor por el terruño, como el de su primo Ismael de Céspedes, quien escribió el poema "Recuerdos de mi Patria".⁴ Los Céspedes manifestaban su repulsa al régimen colonial y su simpatía hacia los movimientos políticos de Narciso López y Joaquín de Agüero. Discrepancias contra la monarquía llevaron a Céspedes al destierro en Palma Soriano y Santiago de Cuba.

En 1857 publica Carlos Manuel de Céspedes un artículo donde se vanagloria del triunfo obtenido por los manzanilleros frente a filibusteros en 1819. Uno de sus ascendientes, el capitán Francisco del Castillo y Miranda, participa en la acción. Incluye, además, las agresiones corsarias francesas e inglesas de los años 1792, 1797, 1798 y 1799, y hasta se remite a 1604, cuando los bayameses vencieron y dieron muerte al pirata Gilberto Girón, quien había tomado preso al obispo Juan de las Cabezas Altamirano durante una visita a la hacienda de Yara.⁵



Tabaquera. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes



La conspiración que preparaba el alzamiento garantizaba el resguardo y el cuidado interfamiliar. Si Pedro Felipe Figueredo Cisneros, llamado Perucho, organizaba las tenidas masónicas en su ingenio Las Mangas para, una vez concluidas, hablar sobre el mal gobierno de España, los lazos de parentesco impedían filtraciones al colonialismo español, pues la denuncia de un familiar violaba todas las normas éticas en su seno. Carlos Manuel de Céspedes y Céspedes, casado a comienzos de 1868 con Eulalia, hija de Perucho, estaba sujeto doblemente a estas reglas.



Yugo. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

Prácticamente todos los miembros de la familia de Carlos Manuel de Céspedes, en edad de servir con las armas, formaron filas en las fuerzas libertadoras, un grupo significativo alcanzaron altos grados y cargos militares. Sus hijos Carlos⁶ y Oscar lo secundaron. Sus hermanos Francisco Javier y Pedro María, alcanzaron los grados de mayor general y coronel.

Al enterarse de la ejecución de Pedro, escribió: "[...] en fin, ¡sea por Cuba! Nadie tiene más derecho a padecer por ella que mi familia".⁷



Su sobrino, el coronel Francisco Estrada y Céspedes, al rechazar su traslado al extranjero y abandonar la lucha, razonaba: "[...] el glorioso apellido de Céspedes, el que tenga la suerte de llevarlo debe conservarlo puro y sin manchas".⁸

La elite terrateniente de 1868 no dudó en ascender a la jerarquía militar a sus parientes, porque la conspiración y los alzamientos se habían gestado y organizado inicialmente en el seno de sus familias. Las fuerzas independentistas se cohesionaban con hombres que ostentaran estos apellidos.

Aquella sociedad de haciendas había funcionado durante tres siglos con el desempeño primordial de las relaciones familiares, las cuales prevalecían en el modo de vida y contribuían a los preparativos de la insurrección, y concretaban decisiones durante los primeros años de la guerra.

Todo esto explica la rápida extensión y compromiso con la revolución. Los diarios de campaña y la correspondencia de la familia Céspedes exponen los estrechos lazos hogareños por medio de los cuales se desenvolvían las relaciones sociales.

El jefe del clan, Carlos Manuel de Céspedes, era consciente que, para su estirpe, la guerra iniciada en 1868 solo podía concluir con la independencia o la desaparición, y decía: "[...] yo tengo que tratar a los de la familia con más rigorismo que a los extraños".⁹ Pero el líder de la revolución intentaría romper preceptos del pasado, para poder contar con todos los estamentos sociales en el lance que acometía.

El entorno a Vicana y Macaca, tierras pertenecientes a los Céspedes, será reducto y centro del alzamiento de la jurisdicción de Manzanillo. La convocatoria a los vecinos para que lo secunden, incluso a través de los tenientes de partido y los funcionarios del régimen colonial que se pasaron a la revolución, mostraba su organización y planeamiento. Bartolomé Masó describiría aquellos momentos en Demajagua:

Como a las diez del día nos encontrábamos congregados en aquel ingenio sobre 500 patriotas; ¡mandado formar por el General en Gefe, se dió el Grito de Independencia! Enarbolándose el Estandarte que lo simboliza, a cuya sombra prestaron todos el juramento solemne de vencer ó morir antes que volver a ver hollado el suelo de la Patria por ninguna de las tiranías. El General en Gefe, reunió sus esclavos y los declaró libres desde aquel instante invitándoles para que nos ayudasen si querían, a conquistar nuestras libertades; lo mismo hicieron con los suyos los demás propietarios que le rodeábamos.¹⁰

Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo simpatizaba con el liberalismo radical y era el Padre de la Patria, pues desde el 10 de octubre de 1868 los hombres de la Mayor de las Antillas fueron distintos, y porque proclamó la independencia de Cuba frente a España. El 17 de octubre se presentó

en Bayamo. La tropa colonialista que la defendía no superaba los 130 miembros. Al día siguiente la sitiaron, pasaron el río y entraron a la población por varias calles. Dos días después quedaba la ciudad en poder de la revolución.



Billetera. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

El grupo fundador quedó organizado de la siguiente forma: Carlos Manuel de Céspedes, capitán general de Cuba y general en jefe de las fuerzas revolucionarias, con cuatro ayudantes: Manuel Calvar, Juan Hall, Isaías Masó, Manuel Socarrás, y el secretario del general Ignacio Martínez.¹¹ Llegaron las recreaciones patrióticas: "Los días que siguieron a la entrada se dedicaron a repetidas expansiones de regocijo. Menudeaban los bailes y tantos las damas como los caballeros lucían cintas azules en la ropa, [...]".¹²

Es así que la toma de Bayamo llevó al segundo gran acto cultural de nuestra patria en ciernes: el himno nacional cantado por un pueblo henchido de emoción al sentir por vez primera la libertad del yugo opresor del imperio. El capitán general Francisco Lersundi puso en vigor medidas para restablecer la paz. Resurgieron las comisiones militares, en las cuales



serían juzgados los alzados o quienes imprimieran o circularan escritos subversivos.¹³ Se enviaron tropas comandadas por el coronel Demetrio Quirós desde Santiago de Cuba; y otras, desde Manzanillo, al mando del teniente coronel Juan López del Campillo. La batalla del río Salado fue una derrota para las fuerzas cubanas dirigidas por Donato del Mármol y abrió las puertas para la recuperación de la capital provisional de la revolución. En consejo de generales del ejército mambí se ordenó quemar la población, mientras la mayoría de sus habitantes abandonaban la misma. Si bien el acto heroico de los bayameses y la ofensiva del conde de Valmaseda pusieron fin al criterio de que la contienda duraría un año, por lo cual muchos tomaban a la ligera la insurgencia, no cabía vuelta atrás.¹⁴ Iniciado el alzamiento, aquella vieja nobleza criolla cambió radicalmente sus rutinas. La toma de Bayamo fortaleció el grupo familiar de los Céspedes-Figueroa, pero su pérdida marcó el comienzo del fin de su hegemonía. Pronto se pondría en duda la ejecutoria de la familia y se desatarían antagonismos entre revolucionarios prominentes, aún en aquellos que pertenecían a antiguas familias.



Reloj de bolsillo, que portaba cuando cayó en combate en San Lorenzo. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes



Carlos Manuel de Céspedes estaba consciente de ser reconocido más allá de las fronteras de su jurisdicción y de lograr la unidad total para la insurgencia. Quedaban atrás los postulados políticos del régimen patricio, en la substanciación política para alcanzar la autodeterminación.

En los primeros días de abril de 1869, miembros de la Asamblea de Representantes del Centro y de la Junta Revolucionaria de Las Villas se reunieron con Céspedes y su consejo para formar un gobierno. La polarización se inclinó al poder civil para controlar la dirección de la revolución, y Céspedes aceptó, en aras de lograr la unidad y garantizar su autoridad entre el grupo de orientales donde había perdido influencia. El texto constitucional fue aprobado el 10 de abril y la presidencia quedó supeditada a la Cámara de Representantes. Se dirimían las diferencias acerca del gobierno, la relación entre el mando militar y el civil, la actitud a tomar con respecto a la iglesia y la postura en cuanto a la esclavitud. También se legitimaba la revolución naciente. Las ideas políticas y revolucionarias adquirían vestimenta jurídica-republicana ante el mundo, pero la dependencia a la Cámara constituyó un freno a la revolución, debido a la permanente tirantez entre el poder legislativo y el ejecutivo, y entre este gobierno y el mando militar. Era imposible que un sistema político gobernara en tiempos de paz cuando ni siquiera se había obtenido la independencia. Se eclipsaba la figura ejecutiva, y Carlos Manuel de Céspedes quedó maniatado al punto de indisponerse ante los militares que lo responsabilizaban por sus

indeterminaciones, específicamente respecto a los ascensos y la organización de los cuerpos. La Cámara tenía la facultad de nombrar al general en jefe, y que este, a su vez, se subordinara al ejecutivo. En julio de 1873 escribía a Caridad de Quesada para quejarse de los “mal aconsejados”, consciente de su papel como jefe del recién inaugurado estado cubano:

[...] hombres que no consideran el daño que se sigue de las divisiones y que arrastrados por sus ambiciones, rencillas y otras miserables personalidades, no ven más patria ni más libertad que esas viles pasiones, poniéndonos a cada momento con sus imprudencias a dos dedos de la guerra civil, aun no acabada la de la independencia.¹⁵

Céspedes sospechaba que algo se preparaba contra su persona, pero estaba seguro del triunfo de la revolución. Las contradicciones germinaron, sobre todo, a partir de Guáimaro. Ante la perspectiva de una posible deposición en octubre de 1873, Céspedes remitió un manifiesto a la Cámara, expresando que no había dictadura ni tiranía. Esperaba tranquilo, porque el órgano legislativo no había atendido el voto del pueblo.

El 26 de octubre era depuesto y se designó presidente interino a Salvador Cisneros Betancourt. Después de conocer la determinación, Céspedes escribe a su esposa: “En cuanto a mi deposición, he hecho lo que debía hacer. Me he inmolado ante el altar de mi Patria en el templo de la ley. Por mí no se derramará sangre en Cuba.

Mi conciencia está muy tranquila y espera el fallo de la historia”.¹⁶ Prevalció un estado de consternación que permitió el abandono a su suerte del primer presidente de la república sin el respaldo de fuerzas militares.

Triste para la historia de Cuba fue la humillación y el abandono del iniciador de la guerra. Obligado inicialmente a seguir a la Cámara, liberado después, no se le autorizó sus reiteradas solicitudes de abandono de la isla para mejor servir a Cuba.

Se refugió en San Lorenzo, en la Sierra Maestra, para sellar su suerte a merced de las tropas españolas, las cuales descubrieron su retiro, y en combate desigual, el Padre de la Patria, cae herido mientras disparaba y escapaba: “Por último, acosado, alcanzado, herido nuevamente, logró llegar, saltando una palizada, al barranco por donde se lanzó. Ese debió ser su último esfuerzo: no podía ir más allá [...]”.¹⁷ Fue rematado y vejado. Solo después supo el oficial español que habían asesinado al primer presidente de la república en armas, aquel 27 de febrero de 1874. Las contradicciones Cámara-Presidente-Militares minaron la unidad para la realización de la revolución, y llevaron al Pacto del Zanjón.

El valor ético de los primeros diez años de contienda ha trascendido porque fue donde comenzó a forjarse el estado cubano; o sea, cuyos pobladores sintieron el orgullo de su convivencia en común. Destaca aquel acto de progreso, realizado por Carlos Manuel de Céspedes, el Iniciador de la lucha por la independencia, el Padre de la Patria



cubana, como el más trascendente en la cultura cubana de todo el siglo XIX.

Citas y notas

¹Carlos Manuel de Céspedes era entonces Abogado de los Tribunales del reino y de los Reales é ilustres colegios de Santiago de Cuba y Bayamo, diputado del último en esta villa. Asesor sustituto de la Ayudantía de marina y matriculas de este distrito, vocal de la Junta de Diezmos de la Villa y Vocal Secretario Contador de la Junta de Fomento.

²Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba: Gobierno Provincial, Secretaria de Gobierno, Sección Fomento, Habana, 18 de diciembre de 1861 y 21 de enero de 1862, Francisco Serrano.



³⁹Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo (Comp.): Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, t. III, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 35.

⁴Periódico El Redactor, Santiago de Cuba, no. 122, 1 de junio de 1858.

⁵Rafael Esténger: “Corsarios en Manzanillo”, en Bohemia, La Habana, 5 de febrero de 1950.

⁶Hoja de Servicio de Carlos Manuel de Céspedes y Céspedes en el Ejército Libertador.

⁷Eusebio Leal Spengler: Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido, p. 178.

⁸Francisco Estrada y Céspedes, Cartas, p.30.

⁹Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo (Comp.): Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 103.

¹⁰Enciclopedia Manzanillo, 2007 (Enviado por Delio Orozco González).

¹¹El jefe del estado mayor era Jaime Santiesteban, Manuel del mismo apellido, su primer ayudante, los otros dos ayudantes Ricardo y Modesto Oquendo, agregados al estado mayor; el segundo jefe era el dominicano Luis Marcano, único con experiencia militar, residía en Manzanillo y se incorporó con sus hermanos, de inmediato, a las fuerzas insurrectas. Como teniente general contaba con dos ayudantes Rafael Caimari y Agustín Valerín, José Pérez fungía como su secretario. El intendente general era Bartolomé Masó y su secretario Rafael Fornés, Manuel Codina era también empleado de esta dependencia. Jorge Milanés era nombrado gobernador político de esta plaza.

¹²Nicolás Heredia: Los primeros sucesos de la guerra de Cuba, en: Santiago, no. 24, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, diciembre de 1976, p. 223 y sgtes.

¹³BNE: Sala Cervantes, Mss, 20284, Habana, 20 de octubre de 1868.

¹⁴Archivo Histórico Provincial de Camagüey (AHPC): leg, 1, no. 1. Enero 13 de 1869.

¹⁵Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo (Comp.): Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 105.

¹⁶Ibidem, t.1, p. 88.

¹⁷Fernando Figueredo Socarras: La Revolución de Yara. 1868-1878. Instituto del Libro, La Habana, 1868, p. 44.

CÉSPEDES EL PRIMERO EN ENTRAR A LA HISTORIA DE UNA NACIÓN

Mercedes García Rodríguez

La historiografía cubana, repitiendo argumentos poco convincentes por parte de la homóloga española del siglo XIX sobre nuestras guerras de independencia, ha intentado explicar por qué Carlos Manuel de Céspedes hizo abortar de forma resuelta el alzamiento que venía preparándose desde las logias masónicas, y que se pensaba desencadenar después de la zafra de 1868, con la finalidad de acopiar mayores recursos y armas.

La tesis más socorrida para justificarlo, fuera del guión secuencial atribuido a este conflicto bélico, fue la urgente necesidad de Céspedes y sus compatriotas de irse a la manigua tras una delación llegada a las autoridades españolas, la cual ponía al desnudo dicho plan y los nombres de los cabecillas del movimiento, de ahí que el alto mando español ordenó apresarse con rapidez a los sublevados.

Esta circunstancia no esclarece con certeza los acontecimientos, y muestra la imagen histórica de Céspedes, disminuido en su rol revolucionario y en su voluntad política de independencia y abolición, que al enterarse de su arresto, se alza para evitar ser capturado. Céspedes irrumpe en la historia con determinación revolucionaria. La realidad de los sucesos es compleja. Céspedes no solo analiza la situación

insular, sino que aprecia el escenario político de la región. Vale recordar el alzamiento de Lares en Puerto Rico y su experiencia de vida europea durante los ecos de la revolución liberal septembrina en España, que lo hacen transitar a un pensamiento más radical y revolucionario en consonancia con la crisis y represión que atravesaba su país.

Céspedes, al tomar en cuenta estos factores, resuelve adelantar para el 14 de octubre el alzamiento, una fecha geoestratégica idónea para lograr una confrontación de gran alcance y aprovechar al máximo la coyuntura de cambios en medio del gran fraccionalismo español. Sin dudas, abogaba por un triunfo expedito, y lo basaba en la invasión a Occidente.

Su estrategia política y su táctica revolucionaria quedan sintetizadas en su llamado de convencimiento a don Francisco Vicente Aguilera para un rápido levantamiento, cuando le expresa: "España está revuelta ahora, levantémonos, esto nos ahorrará la mitad del trabajo".¹

Céspedes, en reuniones previas al 10 de octubre, había explicado a Aguilera y a otros independentistas que aquella insurrección era beneficiosa, ante una península revuelta y desorganizada, un ejército colonial débil, al cual no le llegarían refuerzos, armas y ni avituallamientos con prontitud. Temía a las reformas que podrían promoverse por el nuevo gabinete liberal en la Península, y forzó el alzamiento. Avizó una realidad poco percibida por los criollos radicales complotados en Oriente: su implementación podría retardar, incluso invalidar, el



estallido de la revuelta ya organizada, y anularía la posibilidad real de independencia y la abolición de la esclavitud en Cuba como objetivos políticos en su proyecto de nación.



Juego de plumas (oro, nácar y madera). Museo Palacio de los Capitanes Generales, La Habana

Para Céspedes la única salida a la crisis era la lucha armada sin tregua y sin concesiones. El aldabonazo del 10 de octubre rompió la inercia del pensamiento reformista que pretendía el cambio de poder colonial sin romper los lazos de subordinación con la madre patria. Otro aporte estratégico fue la concepción y organización de un ejército plural compuesto por aristócratas, terratenientes, campesinos, negros y mulatos libres en campaña redentora.

Su firmeza de carácter y su voluntad revolucionaria no le permitían concertar pactos con España que comprometieran la independencia. Su radicalismo estuvo sustentado en el modelo autonómico aplicado por Francia e Inglaterra a sus excolonias, y el patrón peninsular español, cuyos cantones federativos dirimían las diferencias y las beligerancias regionales entre los liberales y los republicanos. Él sabía que esta no era la mejor solución para Cuba.

Su reiterado lema: Independencia o Muerte² prueba su verdadero propósito. Céspedes aprobó medidas drásticas contra los anexionistas, censuradas por sus contemporáneos, quienes lo tildaron de jefe dictatorial e implacable.



Entre ellas estuvo fusilar a quien trajera a la manigua propuestas de paz, sin preservar la independencia como primera condición; pero él replicaba con un argumento demoledor: cualquier debilidad ante el enemigo significaría la muerte para el ejército y un retroceso hacia la causa sagrada de la independencia.



Rebenque. Utilizado en el período anterior al estallido de 1868. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

Después de examinar sus escritos y la correspondencia con Ana de Quesada, habría que precisar que Céspedes fue enérgico y crítico con los demás y consigo mismo. Un pasaje doloroso de su turbulenta vida en campaña y su intransigencia con la causa fue cuando rechazó canjear la vida de su hijo ante el abandono de las armas y la capitulación pacífica. Sus principios lo llevaron a velar por la revolución como hombre público, militar de honor, que no podía traicionar a miles de cubanos a quienes consideraba sus hijos y seguidores en sacrificios mutuos.



Plato utilizado en visita al poblado El Cobre, en 1869. Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba

Céspedes se había convertido en el Padre de la Patria, en el líder máximo de la Revolución, en el presidente de una república soñada en Guáimaro. Céspedes no fue un dios, ni un ser etéreo. Fue simplemente un personaje intrépido, en una época donde funcionaba el caudillismo, el regionalismo, el voluntarismo, y el miedo a cambios radicales. Céspedes, con un alto concepto de la amistad y de las alianzas de grupos, se dejó llevar por sentimientos y simpatías personales que lo llevaron a cometer errores tácticos, a designar en cargos relevantes a amigos de su infancia que no eran apreciados por el resto de las fuerzas insurrectas, y que muchas veces lo traicionaron.

En el manejo político de la emigración también cometió deslices, un terreno que conocía muy poco, e intentó buscar apoyo logístico desde la Isla; sin embargo, esto incentivó divisiones debido a ciertos nombramientos poco acogidos por la comunidad en el exterior, sin que la imposición de figuras estuviera en sus intenciones. Al contrario, Céspedes toleró muchas discrepancias en la búsqueda infructuosa de la unidad entre las fuerzas de la revolución.

Por ello es pertinente un acercamiento desprejuiciado a su ideología y estrategia revolucionaria, con la intención de redescubrir a un Carlos Manuel que se manifiesta diligente, que no es un ídolo de altares, sino un hombre de carne y hueso en la cotidianidad de la contienda; que juzga enérgico a sus oficiales y soldados, pero también se enamoraba frecuentemente y sufre por sus amores y su familia. Ese que detallaba en una carta a su esposa el clima, el paisaje y las necesidades

diarias de su ejército en campaña, sus sufrimientos y los horrores de la guerra, la creencia de que nunca iba a conocer a sus dos hijos nacidos en la emigración, hechos que lo hacían llorar en su soledad del campamento.

De lo que no hay duda alguna es que el Padre de la Patria cubana fue un hombre aferrado a la optimización de las circunstancias favorables a la independencia, y capaz de renunciar a todos los beneficios, alegrías y comodidades para luchar por sus ideales.



Billete de la República de Cuba en Armas, 1869. Museo Palacio de los Capitanes Generales, La Habana

Céspedes se crece ante la historia de Cuba, no solo como el revolucionario independentista, sino como el estratega, el estadista, el visionario político, pero ha ocupado un discreto espacio en nuestra literatura histórica. En contadas obras se brinda un tratamiento a la filosofía de vida de este hombre excepcional. Su poesía autobiográfica, apenas divulgada, y su intervención discursiva en la reunión de la finca El Rosario, son evidencias que pudieran reforzar la interiorización de su accionar intelectual



Salero con cuchara que tenía cuando cayó en combate en San Lorenzo. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

Consideró en sus escritos y poesías la necesaria revolución del pensamiento científico-técnico y la imprescindible elevación de la cultura y educación del pueblo y la divulgación de las costumbres cosmopolitas que exigía una república nueva.



Hoja de cupéy, utilizada para enseñar a leer y escribir a los niños en San Lorenzo. Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba

Mucho antes del 10 de octubre, Céspedes se declaraba como un demócrata liberal y un amante de la industrialización y el trabajo libre. En Contestación hay párrafos que dejan su ideología al desnudo:

Quise ser el apóstol de la nueva religión del trabajo y del ruido, y ya lanzado a la tremenda prueba a un pueblo quise despertar dormido, y ponerlo en la senda con presteza de virtud, de la ciencia y la riqueza.³

Para Céspedes, la nueva religión del trabajo y el ruido era la industria moderna, donde proletarios pudieran aprender un oficio y desarrollarlo por un salario. En su proyecto de nación, la Isla debía salir de la condición colonial, y separarse total y definitivamente de España. Carlos Manuel, conocedor profundo de la historia de Cuba, de sus logros y de sus males, pretendía que ésta naciera al mundo como un estado democrático, rico e independiente, con el sello

político y cultural de una república multirracial, la cual defendió en Guáimaro, pese a las contradicciones entre los jefes de la insurrección, la división de los mandos y la abolición de la esclavitud. Para el Padre de la Patria los ciudadanos del país debían ser iguales ante las leyes y la vida cotidiana. Al respecto afirmó Jorge Ibarra Cuesta:

[...] con la constitución de la República en Guáimaro se procedía a la fundación de una nación de hombres libres con iguales derechos ciudadanos. De ese modo, del primario sentimiento de patria como terruño de nacimiento, Céspedes había evolucionado a la conciencia de una nación [...] la dirección consciente de Carlos Manuel para alcanzar ese propósito sentó las bases para la formación del pueblo-nación cubano [...].⁴

Citas y notas

¹Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, t. 1, p. 101.

²Eusebio Leal Spengler: Carlos Manuel de Céspedes: El Diario Perdido. Ediciones Publimex. S.A., La Habana, 1992, p. 2.

³Poesía publicada por vez primera en el periódico La Prensa, La Habana, 28 de enero de 1852. También en: Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, t. 1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

⁴Jorge Ibarra Cuesta: Patria, etnia y nación, Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 81.





PALABRAS DEL DR. EUSEBIO LEAL SPENGLER, HISTORIADOR DE LA HABANA, EN EL ACTO DE CONMEMORACIÓN DEL BICENTENARIO DEL NATALICIO DE CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES. BAYAMO, 18 DE ABRIL DE 2019

Queridos y tan apreciados compañeros de la dirección del Partido y del Gobierno en esta provincia, y particularmente en esta ciudad de su municipio;
Queridos compañeros de la Presidencia, miembros del Comité Central y del Secretariado de nuestro Partido;
Queridos Ministros;
Distinguidas compañeras y compañeros:

En realidad, no venía preparado para este comienzo del acto, lo debo expresar sinceramente. Ha sido un largo camino para llegar hoy a Bayamo; muchas horas, desde las seis de la mañana, sin descanso, para llegar finalmente a esta tan importante expresión arquitectónica, histórica, humana y revolucionaria de Cuba: Bayamo, San Salvador del Bayamo. Por razones muy ajenas a mi voluntad, no pude estar en la ocasión de su sesquicentenario.

En aquel momento ustedes me honraron con el deseo de que expresara un mensaje, en mi condición de Presidente de la Red de Ciudades Patrimoniales de Cuba, como historiador y como cubano. Debo agregar a eso la profunda convicción de que se encontraban aquí los elementos fundacionales de nuestra historia.

Hace un instante, hemos escuchado con emoción y compartido el canto del himno, no como una marcha

debilitada, sino como una marcha de combate, lo que fue. Y los que estamos conscientes de la realidad del mundo, de nuestra América y de Cuba en particular, sentimos hoy la necesidad, precisamente hoy, de expresarlo.

Ayer, poco después del mediodía, se comenzaron a sentir en la capital de Cuba, pronta a cumplir su quinto centenario, las salvas de honor a la victoria de Playa Girón. Esas salvas indicaban que las Fuerzas Armadas y el pueblo de Cuba no olvidaban el terrible debate librado en aquellas arenas, bajo la dirección del líder supremo de la Revolución Cubana, su Comandante en Jefe, Fidel Castro. Y en esa batalla, donde sucumbieron no pocos de nuestros compañeros, por vez primera infligieron en este continente una derrota mortal a nuestro adversario. Tan dura fue, que todavía ahora, cuando han pasado seis décadas, sienten el punzante calor de la herida, y aprovechan esa evocación para convertir en celebración la derrota y una vez más tratar de tocar, herir y mutilar el sentimiento de trabajo, de prosperidad y dignidad del pueblo de Cuba. ¡No lo olvidaremos!

Pero lo que nos trae hoy a Bayamo es un acontecimiento que guarda mucha relación con lo antes expresado.

Insistentemente, a lo largo de su vida como hombre de la ley, como intelectual y político, como jefe militar, que también fue, Céspedes dio lecciones suficientes, que se basaron siempre en un principio: nosotros podemos; lo que hagamos, tiene que ser por nuestro propio esfuerzo. Nos parece escuchar un párrafo del concepto de Revolución, cuando han pasado 150 años del 10 de



octubre, 150 aniversario de Guáimaro, y ahora 200 aniversario de su natalicio.

Lo hacemos frente a su casa, a la cual pudimos llegar muchos años después; una casa que, como todas las de ciudad, sufrió el debate profundo que surgió de la guerra necesaria.

El 20 de octubre, en las gradas de su templo, se interpretó por vez primera ese himno, con la letra que Pedro Figueredo, según se cuenta, escribió con emoción sobre la silla de montar de su caballo.

Vestida con el hábito de Cuba, blanco, con los colores de la Revolución –el rojo, el azul y el blanco– y con la estrella solitaria en el gorro frigio, su hija, Candelaria, entró a Bayamo como símbolo de la mujer cubana comprometida con la causa.

Lo acontecido el 20 de octubre dio pie y motivo para que la Revolución consagrara ese día como el Día de la Cultura Cubana, porque se reunieron en él la poesía, la voluntad de combatir, el hecho de combatir y también la profunda comunión entre el pueblo y la Revolución, que ha sido una sola.

Es por eso que celebramos el 200 aniversario del protagonista principal de aquella gesta a la que siempre consideré y considero la piedra angular del arco que sostiene la esencia misma de nuestra República, Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo.

Hace apenas unos días, a 32 kilómetros de Sevilla, visité el pequeño pueblo de Carrión de los Céspedes, y allí, en el pavimento, estaban las tumbas de sus antepasados, y estaban los objetos todos que enmarcaban en oro,

en plata, en mármol y en piedra, el escudo de los Céspedes.

¿Cómo conciliar tales orígenes nobiliarios con el acto de abandonarlo todo? ¿Cómo pudo este hombre desprenderse de las cadenas doradas de los bienes materiales para infundir ánimo a los que carecían de ellos y para tomar la determinación? Debemos hacer el elogio entonces del desarrollo de las ideas.

Las revoluciones nacen de la idea y de la cultura. No es posible comandarlas sin el conocimiento del mundo. Desde Céspedes hasta Fidel, nos sorprende esa vocación por la erudición, que ambos consideraron fundamentales para poder enfrentar el desafío de su tiempo. Ambos fueron conocedores profundos de la ley, del Derecho Romano, de los clásicos de la antigüedad, del pensamiento revolucionario a lo largo de los años; ambos fueron partidarios de librar la gran batalla por una emancipación que quedó inconclusa cuando el propio Padre de la Patria –como se llamó–, al que los campesinos saludaban como “padre” en el campo, “el padre de todos nosotros”, “el Presidente viejo”, subió al Gólgota aquel día de febrero de 1874, dispuesto a combatir hasta morir, en cumplimiento de su palabra comprometida.

Contaba el eminente intelectual José Lezama Lima, que su hijo, que le acompañaba, llegó tarde al lugar donde se cometió aquel gran crimen, aquella celada casi inevitable, dado el estado de abandono al que las contradicciones que precedieron a la unidad del pueblo cubano lo condujeron. Estaban todavía



en el barranco los mechones de su pelo y los restos de su ropa, ensangrentados. Y en un museo, muy lejos de Cuba, están todavía unas piezas de su juego de ajedrez y la cartilla de madera con que enseñaba a los niños las primeras letras.

El dandi bayamés, que asombró por su erudición desde los días más tempranos de su infancia y adolescencia, el que tradujo los clásicos, conociendo de latín y de griego; el joven elocuente que tomó el derecho como cátedra, y al que llamaron en un momento oportuno un defensor de negros cuando, síndico del ayuntamiento, defendía el derecho que solo consagraría la victoria sobre Bayamo el día que, al constituirse un poder popular verdadero, hombres negros, mestizos, criollos y españoles, formaran parte del poder político en la primera capital de la Revolución.

Así lo entiende el enemigo cuando, logrando vencer la resistencia de los bayameses y de los que se habían reunido para contener los dos contingentes enviados como pinzas para batirse sobre Bayamo, encontraron la ciudad incendiada, que les recordó otros acontecimientos de la historia de la península. Y en medio de la Plaza de Armas, un cartel admonitorio y simbólico: Plaza de la Revolución. ¡Fue la primera Plaza de la Revolución, fue el primer momento!

Evolución del pensamiento, sí, porque otros se apegaron a sus riquezas, otros no siguieron el llamado de aquel libertador. Y cuando en un almuerzo previo, en una de sus posesiones, con uno de sus invitados, éste duda de la posibilidad militar de la Revolución que vendrá: “¿Con qué armas lucharemos?”



Él le responde tajantemente: “¡Ellos las tienen!” Se establece entonces una regularidad para la lucha del pueblo cubano, que luego, en la Sierra Maestra, y luego en los agónicos días que siguieron al desembarco del Granma, demostró que un ejército popular, armado con las armas del adversario, podía alcanzar una victoria sin precedentes.

Sin embargo, el hombre del 10 de Octubre no pudo ver tales acontecimientos. En 1874 ya hacía meses de su deposición como Presidente. Hoy podemos preguntarnos si la obnubilación de aquellos que tomaron una decisión con manto de legalidad puede velar de alguna manera la gloria inmortal de Céspedes. ¡Imposible! De ellos casi nadie se acuerda.

Que José Martí, al describir al hombre de mármol tal y como lo vio, impetuoso como un volcán, ve la luz fundamental donde otros, a lo largo del tiempo, trataron solamente de ver sombras, como si fuese posible, luego de vivir en las sombras, adaptarse al reflejo glorioso de la luz.

Fue Céspedes no solamente hombre de conocimientos vastos, un políglota, que hablaba numerosos idiomas. No fue solamente el viajero incansable que, antes de completar sus largos conocimientos humanísticos, históricos, filosóficos y geográficos, recorrió Europa y llegó hasta el Oriente, hasta Estambul, en Turquía, y algunos afirman que hasta Tierra Santa, para contemplar las murallas de Jerusalén. En este mismo sitio, en 1968, la insigne escritora cubana Alba de Céspedes entregó su magnífico retrato, que aquí aparece;

dos existen de la misma envergadura, uno de ellos presidió sus exequias en Nueva York, aparece Céspedes en la plenitud del poder temporal, con el pelo a la moda, con el bastón de carey y puño de oro, con la levita preciosa y el carácter altivo del señor de hombres. Pero en el momento en que se ejecuta este retrato ya había padecido varias prisiones, destierros en el interior de Cuba, incluyendo en la Bahía de Santiago de Cuba, a bordo de las ruinas del navío soberano, verdadero vestigio de la batalla de Trafalgar en 1805. Ni en Baracoa, ni en Manzanillo, ni en ningún lugar donde se encontró, ni en el recinto de su ingenio Demajagua, pudo hallarse jamás ese espíritu tranquilo; más bien inquieto.

Sospechaban de él claramente, como el hombre que promovía la cultura en Bayamo, en Manzanillo. Y como dice Fernando Figueredo, que le conoció tanto, y que recibió y conservó, como secretario que fue, la escarapela de Céspedes, que luego llevó Martí en la hora de su muerte, en Dos Ríos, aquel 19 de mayo, en admirable continuidad de símbolos, Céspedes siempre estuvo forjando el ideal y diseñando la República tal y como la había imaginado. Para lograrlo, había que vencer grandes obstáculos, extraordinarios obstáculos.

Los historiadores que han descrito este panorama y esta parte de su vida, así lo han afirmado: Lufriú, Maceo Verdecia, Hortensia Pichardo, otros notables historiadores que llegan hasta nosotros; cespedianos actuales, como Rafael Acosta de Arriba, o como Ludín, aquí con nosotros, o como Evelio Traba, el joven que escribió la preciosa novela culta El camino de la desobediencia.

Explorar el espíritu de Céspedes como fundador del Ejército Libertador de Cuba, como primer mambí, como fundador de El cubano libre, como el hombre que asistió, con la lujosa comitiva oriental, a cruzar el Jobabo, que era como el Rubicón, que limitaba el paso de unos y otros a la Asamblea Constituyente de Guáimaro, por donde pasábamos hoy al mediodía.

El pueblo, jubiloso, recuerda todavía el acontecimiento de aquel día de abril en que se reunieron los próceres. Y a decir verdad, en aras de la unidad de la nación, Céspedes cedió allí lo que nadie cede, como dice Martí: su carácter. Conteniendo el pronto, sacrificó a la unidad de la Revolución su propio liderazgo, sometiéndose a aceptar una Presidencia comprometida por una determinación probable y adversa de una Cámara no nutrida necesariamente luego por los hombres ilustres que se reunieron en Guáimaro.

Allí estaban, además de los representantes del Camagüey, lógicamente del Centro y de La Habana, aquellos inquietos intelectuales que soñaban con una República, cuando una Revolución no había alcanzado todavía más que el dominio temporal de Bayamo, y luego de aquellos campamentos en los cuales, fugitivo, marcha el gobierno, custodiado por escoltas, hasta llegar a los lugares más recónditos.

Muchos de los patricios de Guáimaro, sobre todo los vehementes antiesclavistas, y aun los que sostenían otras opiniones, cayeron bajo las balas y el plomo del adversario, y marcaron con su sacrificio el camino de la unidad de la nación.



Cuando muere Agramonte, en Jimaguayú, se desploma, a mi juicio, el Sucre de esta historia. La Revolución perdía su continuidad en el único dirigente que reunía en sí, primero, los valores de una juventud generacional que se había incorporado febrilmente a la Revolución. Pasamos también a pocos kilómetros del ingenio Oriente, donde un día se alzó Agramonte, llamado El Mayor, y por otros, Bayardo.

Sin embargo, en Guáimaro, aceptaba la realidad objetiva de la voluntad mayoritaria. La bandera del 10 de Octubre pasó a convertirse, como hasta hoy, en un tesoro de la República. ¡Qué veneración tan grande por los símbolos patrios! ¡Qué veneración tan grande la del Padre de la Patria y sus compañeros, al debatir la importancia de la bandera, y que triunfaran los colores y la estrella aunque el diseño heráldico variaría, por voluntad mayoritaria, y se remitirían a acontecimientos anteriores que, como afirmó Fidel el 19 de octubre de 1868, precisamente en Demajagua, cerca de Manzanillo, no estaban todavía tan claros como para juzgarlos con criterios de nuestro tiempo.

Lavada con la sangre de incontables sacrificios, Céspedes aceptó aquella bandera, pero la suya, que quedaría en posesión del Parlamento cubano, esa otra, salvada del incendio y la persecución, iría llevada por manos fieles a los Estados Unidos, donde su esposa Ana, años después, ya con una Cuba no libre, apenas comenzada la intervención yanqui, trajo y mostró al reconocimiento de los testigos. Y aquella muchacha del ingenio, que había bordado la estrella, Candelaria Acosta, que dio hijos al Libertador,

que fue varón y varón de pasiones, reconoció que aquella bandera la había bordado con sus propias manos.

Hortensia Pichardo afirma y ha escrito, y tiene razón, que citamos a Céspedes, pero conocemos poco de su pensamiento. Ahora su figura está donde le corresponde, porque aquel 10 de octubre más reciente, en las manos firmes del Héroe de la Revolución, el General-Presidente Raúl Castro, entró en el atrio principal del cementerio de Santa Ifigenia, la urna con los atributos presidenciales, los atributos de la República de Cuba, que, una vez exhumados sus restos, serían llevados, en admirable continuidad, junto a los de Mariana, heroína y madre de los Maceo, Madre también de la Patria cubana, símbolo de la mujer cubana, de su sacrificio, del sacrificio de la familia, del dolor infinito de los que padecieron por la libertad, por la abolición de la esclavitud y por una Cuba más justa, equitativa, noble. De allí, llegó al mausoleo trasladado a lugar preferente, la urna, colocándola finalmente en aquel túmulo; túmulo marmóreo donde, al pie de la columna donde está su busto, aparece Cuba ofreciéndole un laurel.

Poco después, irrumpimos, en aquel camino de campamentos, a la tumba de José Martí, Apóstol de nuestra independencia. Y posteriormente, a la piedra, a la piedra donde están colocadas las cenizas de Fidel.

De esa manera, podemos afirmar categóricamente que la nación ha reconocido absolutamente, más allá del rostro de un billete y de un monumento en algún sitio, la importancia de



Céspedes como figura del iniciador, aquel hombre que reunía en sí las virtudes ejercitadas en el conocimiento de las profesiones liberales; el hombre que, siendo masón, lleva sin embargo al cuello, como símbolo de Cuba, la medalla de la virgen de la Caridad; aquel hombre que, además, era partidario de la separación de la Iglesia y del Estado, del matrimonio civil, de las instituciones republicanas, como conquistas del pueblo cubano; que creyó en la educación, en la necesidad de la cultura porque las revoluciones, tal y como afirmó su poderoso continuador, solo pueden ser hijas de las ideas y de la cultura.

Rendimos hoy tributo, en el 200 Aniversario de su nacimiento, aquel día de abril; un día como el que conmemoramos y celebramos.

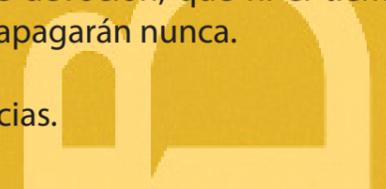
Como han dicho los actores, se sintieron en la casa los quejidos del nacimiento de un niño, de aquel Carlos Manuel, Perfecto como le llamaron, que sería, sin embargo, un hombre al cual algunos atribuirían los terribles defectos que suelen acompañar, según afirman, al ejercicio del poder. Tendríamos hoy que preguntarnos de alguna manera cómo puede ejercerse el poder en un país en Revolución, cómo puede ejercerse si no es con la profunda autoridad de aquel que, más que el primer Presidente de la República de Cuba en Armas, fue el líder de la Revolución Cubana.

Hoy te acompañamos, Padre, en tu día y en tu casa, en esta ciudad que tanto amaste, que una vez se convirtió en pavesas; me parece verte aquella mañana lúcida, ingresando bajo palio en el templo para la bendición de



tu bandera. Veo cerca de ti a Pedro Figueredo, que te acompañó en la niñez, en la pubertad y en tus largos viajes; que juró, como letrado y como hombre, que te acompañaría a la gloria y al cadalso. Hoy pienso en tu hermano Pedro, fusilado aquel siniestro 4 de noviembre, junto a otros compañeros, en las paredes del matadero de la ciudad de Santiago de Cuba; pienso en tu orgulloso sobrino, Herminio, al cual se le conmina, cuando se dice: si viene entre esos expedicionarios un Céspedes o un Quesada; pienso en tu amor doloroso junto a Carmen; pienso en tu despedida de Anita, la mujer que amaste vehementemente, joven, bella e impetuosa, y que trajo al mundo aquellos dos gemelos que no conociste, a Carlos Manuel y a Gloria de los Dolores; en aquellas fotografías en un daguerrotipo que, como un pequeño teatro, abrías a los campesinos, que quedaban maravillados al ver las imágenes al contraste del Sol. Y te veo al final de tu vida, cuando ya no tienes el airoso cabello de entonces; cuando, ya casi ciego y con un bastón, confiesas que hoy tu cocinero Beola solamente ha sido capaz de cocinarte una sopa de lechuga. Te veo cuando ya no tenías ropa blanca, cuando tus pantalones estaban raídos; te veo tendido a la expectación pública, con tu cabeza deshecha, en Santiago de Cuba, llevando unos zapatos de yagua cosidos rústicamente en el campo. ¡Te habías despojado de todo por tus ideas! ¡Eso, Padre, es lo más importante! Y por eso aquí tu pueblo, tu Partido y tu Gobierno, vienen a colocarte una ofrenda y una llama perpetua de devoción, que ni el tiempo ni el olvido apagarán nunca.

Muchas gracias.



CÉSPEDES: LA FRONTERA ENTRE LA GLORIA Y EL OLVIDO

José Abreu Cardet

Pocos héroes de nuestras guerras de independencia estuvieron sometidos a ascensiones, destituciones y reducciones de poder, como Carlos Manuel de Céspedes. El preludeo de dicha promoción comenzó el 6 de octubre de 1868, cuando dieciséis complotados, reunidos en la finca de Jaime Santiesteban, proclaman a Céspedes como general en jefe del ejército y así inician la revolución contra España.¹ "Hemos elegido un jefe a quien conferimos plenas facultades para dirigir la guerra"² Cuatro días más tarde, este criterio se hizo público en el ingenio Demajagua, por medio del "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", el cual constituyó el acta de nacimiento de la independencia de Cuba:

En consecuencia hemos acordado unánimemente nombrar un Jefe único que dirija todas las operaciones con plenitud de facultades y bajo su responsabilidad, autorizado especialmente para designar un segundo y demás subalternos que necesiten en todos los ramos de la administración mientras dure el estado de guerra [...] También hemos nombrado una comisión gubernativa de

cinco miembros para auxiliar al General en Jefe en la parte política, civil demás ramos de que se ocupa un país bien reglamentado.³

Era el gobierno ideal para llevar a cabo una guerra. El 20 de octubre se había tomado a Bayamo, y Carlos Manuel de Céspedes se proclamó capitán general, pero tuvo cuidado de ascender a altos cargos y grados militares a líderes regionales, gente entusiasta y sin disciplina, que lo habían apoyado y dirigieron aquel ejército de campesinos, peones y esclavos a conquistar gran parte del oriente cubano.

Carlos Manuel de Céspedes, el 30 de octubre de 1868, trató de explicar la decisión de autoproclamarse capitán general: "[...] solo la necesidad de regularizar nuestro ejército y de atender a todos los ramos de la administración pública [...] nos hubieran obligado a aparecer [...] con distintivos y empleos que no cuadran a nuestro carácter ni se ajustan a nuestras aspiraciones".⁴

La justificación era pueril. Las intenciones reales eran formar un gobierno centralizado, fuerte y eficiente bajo su mando para enfrentar el imperio español. Podemos considerar que Céspedes sufrió una pérdida de poder cuando los colonialistas destruyeron su ingenio y vivienda. Podríamos preguntarnos cuántos textos poéticos, estudios sobre la cultura se quemaron en aquel lamentable día. Un preámbulo en las destituciones de Céspedes resultó cuando se nombró Alzamiento de Yara en detrimento de Demajagua. Existía una compacta geografía: La Habana, centro del integrista;



la ciudad del Cauto, foco del independentismo. El 4 de noviembre se sublevaron los camagüeyanos, quienes desconocieron el gobierno de Céspedes y constituyeron uno propio.



Bandera diseñada y enarbolada el 10 de octubre de 1868. Museo Palacio de los Capitanes Generales, La Habana

El separatismo desde aquel momento tendría dos capitales: Bayamo y los campos del Camagüey. En enero de 1869 la ciudad del Cauto es recuperada por las tropas españolas después que sus pobladores la quemaran. Comenzaron las derrotas militares y la disminución del poder del capitán general del Ejército Libertador.

El 23 de enero de 1869, Donato del Mármol se declara dictador, desconociendo el gobierno de Céspedes. El movimiento es frustrado el 8 de febrero cuando el principal encartado renuncia a sus



intenciones.⁵ En Holguín se crea un comité revolucionario, donde se desconoce la autoridad de Céspedes y se muestran dispuestos a unirse al Camagüey.

En Guáimaro, el 10 de abril de 1869, Carlos Manuel de Céspedes es elegido Presidente de la República de Cuba. La Cámara lo despoja del mando unipersonal que había instituido en Oriente.

La ofensiva de las tropas españolas obliga a la Cámara a recesar en sus funciones y Céspedes vuelve a ser una especie de Capitán General-Presidente, no tiene al legislativo poniendo en duda sus decisiones, tramando su destitución.

A partir de 1872 comienza una ofensiva del Ejército Libertador y los

jefes militares gozan de libertad de acción, lo cual permite mejorías en los avituallamientos. Enrique Collazo afirmó: “[...] los continuos ataques a los poblados enemigos trajeron la abundancia de ropas y efectos útiles; las grandes rancherías formadas facilitaban víveres y viandas en gran cantidad; la vida se hizo fácil y cómoda donde antes era áspera y dura”.⁶

República. El futuro Padre de la Patria quería un mando centralizado donde primara la condición militar. Ese prototipo atemorizaba, pues se conocía de la experiencia en América Latina donde fundadores habían degenerado en dictadores.

La Cámara percibe en él un futuro déspota y atrae a los militares. Céspedes se percató y anota en su diario:



Escarapelas. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

Esta vida “fácil y cómoda” permitió que la Cámara retornara a sus funciones, las cuales se agigantaron en la medida que aunaba a oficiales al proceso de destitución del Presidente. Céspedes había tenido contradicciones con algunos generales, como Máximo Gómez, Carlos Roloff y Calixto García, pues estos aspiraban a crear una estructura que les permitiera concentrar tropas y materializar la invasión a Las Villas.

La pugna Cámara-Presidente aumentaba por la organización de la

“Han halagado á Gómez y á C. García con dividir la isla en dos Departamentos solos y ellos a su cabeza; á Calvar con el mando de Cuba y Bayamo a Maceo con otra cosa que ignoro. A Vicente García le atraen con la secretaria de la Guerra”.⁷

El 27 de octubre de 1873, Céspedes es destituido en Bijagual, donde acampaban las tropas de Calixto García. Tal parece que estamos en un antes y después en la guerra de los



Diez Años, porque fue el declive de la beligerancia. No obstante, con el nuevo gobierno se abrió un periodo de éxitos, se desarrollaron las acciones de La Sacra, Palo Seco y Las Guásimas, y se realizó la invasión a Las Villas.

La destitución de Céspedes se enmarca en movimientos y contradicciones políticas. Antes del inicio de la guerra, los motines habían sido constantes, fundamentalmente la porfía para determinar la fecha del estallido. El alzamiento en Demajagua constituyó una demostración. Céspedes, sin escuchar a los demás comprometidos ni avisarles, se alzó.

La deposición fue una más, la más “legal”, pues contó con el apoyo pleno de la Cámara, aunque faltó un voto —solo lo hicieron siete—, pues el octavo era el de Salvador Cisneros Betancourt, quien, con el pretexto de que la presidencia caería en sus manos, se abstuvo. Después del 27 de octubre de 1873 las bajas pasiones se convirtieron en avenidas. En cinco años se habían acumulado resquemores y resentimientos entre líderes militares y políticos; Céspedes fue humillado.

Qué hacer con el expresidente era el reto del nuevo gobierno. Mantenerlo en la Isla era peligroso, tenía seguidores. La deposición no había apagado la lucha política. Se gesta un complot que se frustra. Calixto García dice: “Trátese de una conspiración, de que se me ha dado parte esta mañana con objeto de deponer el actual Presidente de la república y volver a Céspedes, siendo yo destituido también para nombrar General en Jefe al General V. García”.⁸



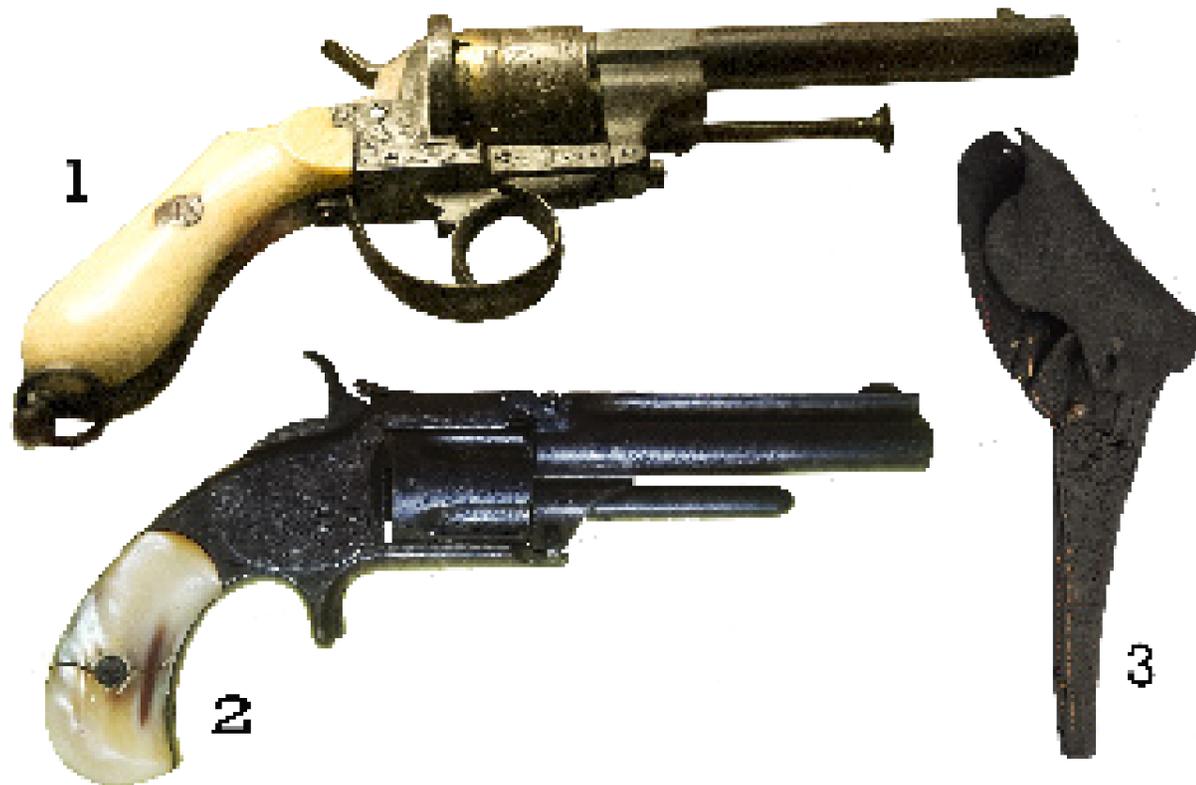
Céspedes solicitó su traslado al exterior. El gobierno negó la partida, porque podría acusar a la Cámara, incrementar las divisiones internas de la emigración y crear un efecto negativo en los soldados que veían la partida de la figura cimera de la independencia. En los meses siguientes a su deposición en El diario perdido demuestra su resentimiento.

Lo sitúan en San Lorenzo, en plena Sierra Maestra. El presidente en funciones, Salvador Cisneros Betancourt, solicitó el 28 de noviembre de 1873 a la Cámara “proveerlo de una custodia que haga difícil cayera en poder del enemigo”.¹⁰ Los historiadores Elda Cento Gómez y Ricardo Muñoz Gutiérrez afirmaron: “No obstante las atinadas reflexiones, nadie —incluido Cisneros— tuvo la energía o la honradez necesarias para tomar una decisión que hubiera salvado la vida de quien era símbolo de la independencia”.¹¹



Girones de la bandera que lo acompañó en San Lorenzo. Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes

La caída en combate el 27 de febrero de 1874 “solucionó” un problema al gobierno y creo una duda gigantesca e infame ¿Qué responsabilidad tuvieron el gobierno y el ejército en su muerte? Se ha especulado que fue una denuncia



- 1.- Revólver con el cual realizó tres disparos en Yara, el 11 de octubre de 1868. Museo de los Capitanes Generales, La Habana
 2.- Revólver. Depositado en el Museo Oscar María de Rojas, en Cárdenas, Matanzas
 3.- Funda de revólver, utilizada en San Lorenzo. Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba

fraguada por algún líder. No existen pruebas de tal ignominia.

En 1902 se instaura la República y comienza la conformación del Panteón de los Héroes y los combatientes de la guerra del 95 juegan un papel fundamental. Los formuladores habían participado en la contienda y ahora eran presidentes, senadores, congresistas, historiadores y maestros. Se formó la triada de los grandes héroes: Antonio Maceo, José Martí y Máximo Gómez.

Quienes combatieron en la guerra del 68 eran héroes regionales o provinciales: Ignacio Agramonte es camagüeyano, antes que cubano; Céspedes, oriental (bayamés y manzanillero). El héroe de San Lorenzo quedó vinculado al 10

de octubre y sus monumentos fueron erigidos a destiempo en la República.

La instauración de la revolución socialista, poco después de 1959, traería para Céspedes una situación delicada. Hubo una reacción enérgica contra los propietarios de los medios de producción. Alguien, con un criterio simplista, recordó que el Padre de la Patria había sido propietario y esclavista, y fue relegado a un segundo plano. El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, rescata la personalidad de Céspedes en dos intervenciones: el 5 de julio y el 10 de octubre de 1968. En la primera de ellas, donde inaugura la presa El Mate, en el río Contramaestre, diría:

A esta presa había que ponerle un nombre [...] Han tenido

que transcurrir 100 años [...] desde la sublevación de Carlos Manuel de Céspedes y los patriotas cubanos que se alzaron en armas liberando a los esclavos. Desde aquella sublevación hasta hoy, ¡cuánta sangre, cuánto sacrificio, cuánto trabajo! ¿Puede haber nada más justo, a la hora de darle un nombre a esta obra, a los 100 años de iniciarse la lucha por la independencia, que llamarla presa "Carlos Manuel de Céspedes"?

Céspedes vivió días duros y azarosos en estas montañas de la Sierra Maestra. Céspedes cruzó muchas veces este río Contramaestre; y, por último, Céspedes murió en San Lorenzo, donde precisamente se encuentran las fuentes de este río. Y como justo homenaje a aquel patriota que inició las luchas por nuestra independencia y a los que con él lucharon y lo secundaron en aquella tarea, nada más justo que ponerle ese nombre a esta obra [...].¹²



Vasija utilizada en San Lorenzo. Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba.



Cubo de cuero, utilizado en San Lorenzo. Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba

Citas y notas

¹Se ha respetado la ortografía original de los documentos reproducidos textualmente.

²Fernando Portuondo del Prado y Hortensia Pichardo Viñals: Carlos Manuel de Céspedes Escritos, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1982, tomo 1, p. 104.

³Ibidem, p. 108.

⁴Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: ob. cit., t. 1, p. 118.

⁵Museo Casa Natal de Calixto García. Centro de documentación: Documentos Históricos 1868-1878, t. 1, p. 168.

⁶Enrique Collazo: Desde Yara hasta el Zanjón (Apuntaciones históricas), La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 30.

⁷Eusebio Leal Spengler: Carlos Manuel de Céspedes. El diario perdido, La Habana, Publicimex S.A., 1992, p. 166 y 167.

⁸Archivo Nacional de Cuba: Donativos y Remisiones, leg. 472, no. 48.

⁹Biblioteca Nacional de Cuba. Colección Morales, t. 75. n. 79 (hoja suelta). Publicada con cambios y como postdata a la carta remitida a Félix Figueredo del 27 de mayo de 1872 en la Revista Cubana, t. VII, pp. 538, 1887.

¹⁰Elda Cento Gómez y Ricardo Muñoz Gutiérrez: Salvador Cisneros Betancourt: entre la controversia y la fe, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 38.

¹¹Ibidem.

¹²Discurso de Fidel Castro Ruz, 5 de julio de 1968. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f050768e.html>



CÉSPEDES BAJO EL PINCEL

Aldo Naranjo Tamayo

Los artistas de la plástica han ido tras las huellas de Carlos Manuel de Céspedes. No podía ser de otra manera, toda vez que la figura del primer presidente de Cuba Libre es digna de gloria a través de diversos matices artísticos.

¿Quiénes son estos artistas y por qué se han formado sus particulares imágenes de un hombre que posó pocas veces para la fotografía? En sus obras aparecen las respuestas de la vida de Céspedes, los ideales que defendía, la fuerza carismática de su figura, la originalidad de su acción de redención nacional y el modo trágico en que terminó su existencia vital.

Precisamente, las huellas de un daguerrotipo sirvieron a los primeros pintores de Carlos Manuel para formar sus retratos con la intención de describir su figura y atrapar su carácter y fuerza moral.

Los periódicos y revistas españolas fueron las primeras que publicaron retratos, dibujos y caricaturas de Céspedes, con una marcada intensidad satírica de presentarlo como un mal abogado, un hacendado arruinado y un presidente estafalario. Los retratistas y dibujantes integristas mostraban un hombre viejo, achacoso, grotesco, mameluco, embriagado, y hasta arrepentido de haber iniciado la contienda.



En el periódico español Don Junípero, en octubre de 1869, apareció un retrato de Céspedes de cuerpo entero, donde resaltaba una abundante cabellera negra, copiosas cejas y amplio bigote y perilla. En la mano derecha luce una especie de sable turco, lleva puesto lustrosos botines y largas espuelas de monta. La actitud es arrogante y todas las personas le rinden reverencia, mientras él tiene colocada la mano izquierda en el pecho.

La publicación señala que ese es “el verdadero retrato de Carlos Manuel de Céspedes, el ex-sultán de Bayamo y Gran Jefe de los mamelucos de Camagüey”. La obra pertenece a los españoles Víctor Patricio Landaluze y Francisco Bayaceto, y apareció en los periódicos habaneros El Diario de la Marina, El Moro Muza y Juan Palomo durante la Guerra Grande.

Existe un óleo sobre Céspedes de 1869, de autor desconocido, publicado en periódicos estadounidenses, cuya estampa muestra un hombre maduro, de cincuenta años, con los rasgos físicos característicos: ojos pardos, nariz aguda, boca cerrada, bigote ancho, perilla larga y hombros anchos. Usaba la ropa del típico abogado: camisa blanca y levita negra.

El segundo retrato pictórico conocido de Céspedes fue obra del inglés Michel J. Devich, radicado en Nueva York, a quien acudió Ana de Quesada y Loynaz, la esposa de Céspedes, para que realizara dos cuadros del líder cubano: uno para la familia; otro para el Club San Carlos, de los emigrados cubanos. Su voluntad era perpetuar el recuerdo

Retrato de Céspedes. Michel J. Devich

del gran patriota en el seno familiar y crear la imagen histórica del comitente. Ambas obras quedaron concluidas en el verano de 1873, en las cuales se aprecia la atracción que despertó su abolengo, el alto linaje y su carácter majestuoso.

Desde entonces vemos a un Céspedes de frente ancha y despejada, unos ojos pardos y penetrantes, cabello copioso y el peinado ladeado a la izquierda. Los elementos de su distinción moral y espiritual son la vestidura aristocrática, la corbata de lazo, el bastón con empuñadura de oro, los guantes blancos de seda, la camisa blanca de mangas largas y la levita azul marino.

Existe otro retrato de Céspedes realizado por Smilten Tilly, que el escritor Hipólito Pirón incluyó en su libro *La isla de Cuba*, aparecido en 1876. Es un Céspedes que viste aristocráticamente, con una frente ancha y el cabello entrecano, sesgado hacia la izquierda, de mirada aguda, y aparentaba cincuenta años.

Estas primeras pinturas del busto de Céspedes serían repetidas por casi todos los plásticos posteriores, con modificaciones de la edad, del color del cabello, la anchura del bigote y la extensión de la barbilla. Podríamos mencionar el caso del santiaguero José Joaquín Tejada Revilla, quien lo dibujó en 1898; el cardenense Conrado Walter Massaguer, en 1920; el madrileño Adolfo Galindo, cuyo trabajo apareció en la revista *Carteles* en 1943, al igual que otro de Luis Fabello, recogido en la mencionada publicación de 1949.

Existe un segundo boceto de Galindo, donde trató de interpretarlo con más

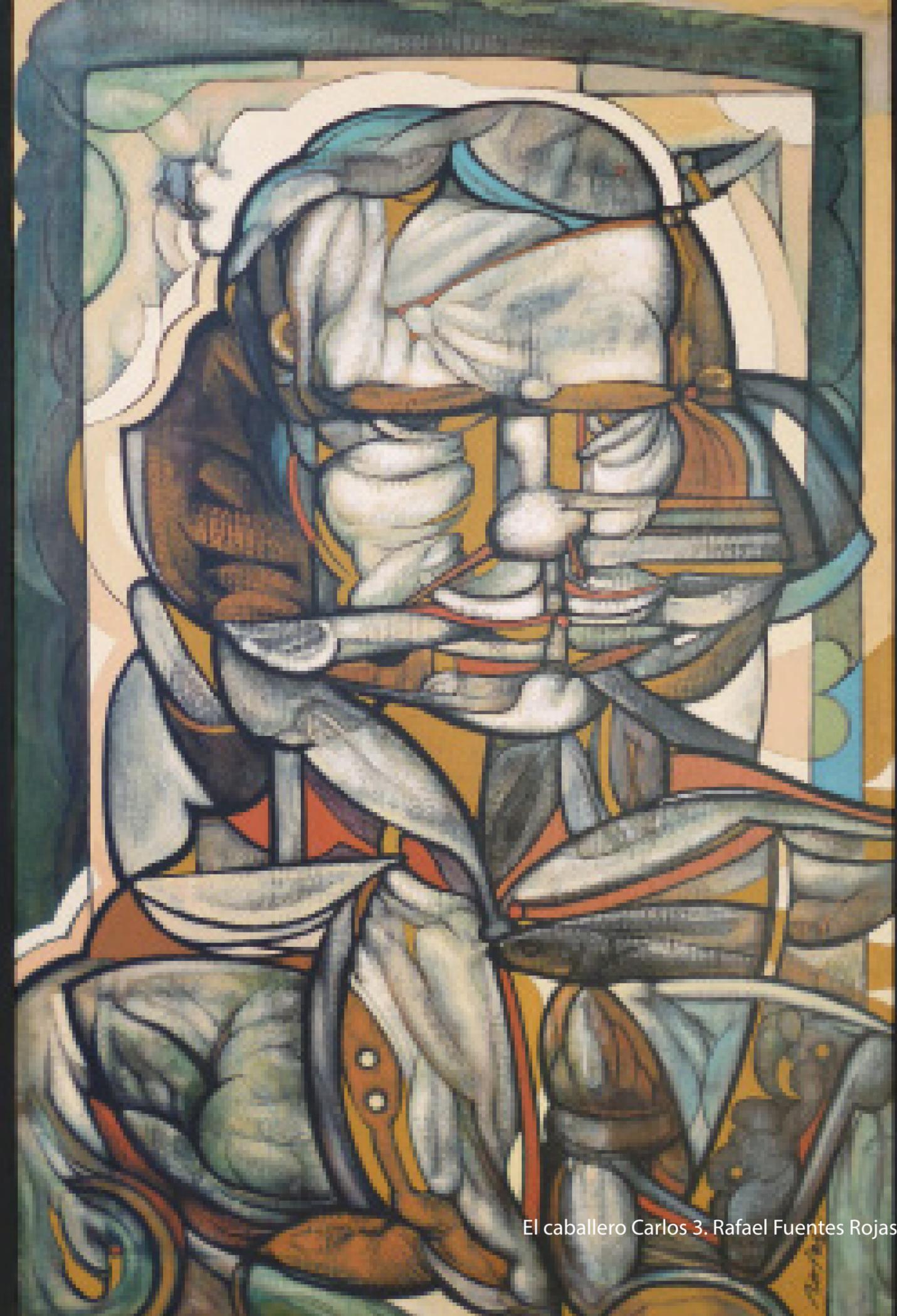
de cincuenta años, en plena guerra de independencia. El rostro de Céspedes muestra las arrugas del tiempo, con el bigote grueso y negro, sobrepasando las comisuras de los labios. Pero, llamativamente, conserva su larga y negra cabellera, y Galindo lo presenta en su estilo de abogado, con camisa blanca, pajarita y gabán negro.

En esta línea se encuentra el óleo del matancero Esteban Valderrama Peña, quien desde el periódico habanero *El Heraldo de Cuba*, dirigido por el periodista e historiador Manuel Márquez Sterling, publicó retratos –a página entera– de los héroes de nuestra independencia. Esto ocurría en 1914. El de Carlos Manuel se encuentra en posición de pose, altivo y con la mirada atenta.

La única distinción respecto a los anteriores retratos es que lo representa con un exuberante pelo negro, un amplio bigote y una perilla negra y larga. Repite todos los elementos de un hombre notable, debido a su vestimenta, con un traje de tres botones y una levita de vicuña. Este dibujo fue llevado al lienzo con gran éxito y durante mucho tiempo fue exhibido en el Palacio Presidencial.

El retratista argentino Claudio Naranjo, en una composición de 1919 para la revista habanera *Carteles*, vuelve con la clásica estampa de Céspedes de medio plano, sosteniendo el asta y la bandera de Demajagua.

El ambiente cuenta, entre otros elementos, con las ruinas, la casa, la campana del ingenio de Céspedes en Manzanillo y la interpretación pública del Himno de Bayamo.



El caballero Carlos 3. Rafael Fuentes Rojas

Al santiaguero Juan Miguel Hernández Giró se debe el dibujo de la imponente caballería e infantería insurrecta que sale del ingenio Demajagua hacia los campos de batalla. En el centro puede verse la figura de Céspedes, vestido de blanco y con un sombrero en la mano. Por detrás se distingue la bandera izada durante la proclamación de la independencia. Los hombres van armados con escopetas, fusiles y machetes. Este constituye el primer acercamiento desde la plástica cubana al trama épico en Céspedes.



Retrato de Céspedes. José Francisco Campillo

En la obra *Anales de la guerra de Cuba* (1895), del historiador español Antonio Pirala, se insertó un retrato, de autor desconocido, realizado en 1890. Es similar al de Telly, pero muestra a un Céspedes que aparentaba menos edad, con las cejas negras y copiosas y una mirada más expresiva.

En 1930 el historiador Gerardo Castellanos García publicó *En busca de San Lorenzo*. La muerte de Carlos Manuel de Céspedes, en el cual se insertaron varios retratos del prócer por el dibujante habanero José Francisco Campillo. Los bocetos son interesantes y por primera vez aparece el Iniciador montado a caballo y vestido de campaña militar. Su mano derecha sostiene las bridas de la bestia, y la izquierda un sombrero de ala ancha. De su cintura cuelga un largo sable.

La escena se completa con dos hombres en atuendo mambí, armados de fusiles y machetes, junto a un perro.

El otro cultor de este tipo de pintura épica fue Augusto G. Menocal Córdova, con su colección de *Próceres cubanos*, la cual estuvo formada por veinte



retratos, y la inicia uno del hombre de Demajagua, realizado en 1947.



Retrato de Céspedes. Augusto G. Menocal Córdova

A la saga de los retratos de Céspedes se sumó José Samaniego, quien en 1943 recrea a un Céspedes de cuerpo entero, siguiendo la misma postura de Michel J. Devich. Es prácticamente el mismo retrato, pero lo distingue la introducción del sillón, la mano derecha sostiene el bastón y en la derecha unos guantes de seda.

El manzanillero Amaury de Jesús Palacio Puebla, ha reflejado el héroe de Bayamo en tres óleos: un primero, Céspedes en campaña, del 2009, donde aparece a tamaño natural, con su traje de mayor general del Ejército Libertador, con revólver y la espada ceremonial. Es una obra cuidadosa, refinada. El segundo óleo



Tú eres... el fundador de un linaje en el espíritu, de 2018, a diferencia del anterior, muestra a Céspedes con un sombrero adornado por una escarapela de la bandera cubana en su mano derecha; y el tercero, *Un sol en llamas que se hunde en el abismo*, refleja su muerte.

Palacio Puebla ha querido captar los rasgos de la calidad humana, atrayente y seductora de Céspedes. De esta manera sincroniza con Davis, Menocal y Campillo, tratando de encontrar poéticamente la fuerza de su carácter y la extensión de su genio. Aunque repite muchos elementos de sus antecesores, estas últimas representaciones gozan de mayor calidad conceptual y estética.

A esta corriente se han sumado Rafael Fuentes Rojas y Alexis Pantoja. El caballero Carlos, de Fuentes, preparado en lienzo en 2002, es vigoroso, y renuncia al formalismo del rostro estereotipado y confía en las líneas de colores para acentuar su valentía y resolución. El Céspedes que entrega Pantoja es sobrio, vestido con elegancia, y viajando en barco.

Los pintores actuales abandonan las tradiciones realistas y naturalistas, para nada despreciables, pero se adaptan a las exigencias modernistas y posmodernistas. La expresión simbólica y conceptual se combina en una obra.

Carlos Manuel de Céspedes forma parte de la historia del arte cubano, su figura ha transitado, desde el soplo clásico hasta la inspiración contemporánea. Es saludable que quienes se acerquen a su personalidad primero contrasten las fuentes históricas, para no desvirtuarlo.

LA HORA DEL PRIMER LLANTO

Miguel Muñoz López

La astrología ha acompañado a la humanidad desde sus orígenes, aunque es considerada una pseudociencia por la comunidad científica internacional. Es un conjunto de creencias que relacionan las características de una persona con un signo zodiacal. Comprendemos entonces el hecho mediante la observación de la posición de los astros y las fechas de nacimiento idénticas.

Sus defensores sostienen que este enfoque guarda relación con los rasgos psicológicos, físicos y sociales de un individuo. Sus detractores consideran la astrología una superstición, sin fundamento científico-metodológico real, y explican la fe de amplios sectores poblacionales en las predicciones astrológicas como una manifestación de prejuicio o sesgo cognitivo, cuyo sistema de leyes y principios permite deducir la hora exacta de nacimiento de un sujeto según sus particularidades.

Teniendo en cuenta estos preceptos hemos establecido una interrogante histórica, relacionada con la figura de Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo. ¿Es relevante, más allá de la referencia, saber la hora exacta en que nació y la influencia en el decursar de su existencia?

La hora del natalicio de Carlos Manuel de Céspedes no aparece en su partida de bautismo, y ha sido divulgada



recientemente por el museólogo Aldo Daniel Naranjo Tamayo y el novelista Evelio Traba Fonseca. Naranjo Tamayo plantea que ocurrió a las once de la noche¹ mientras que Traba Fonseca aduce que fue exactamente “dos horas antes de la medianoche”, o sea, a las 10:00 p.m.² Apenas 60 minutos de diferencia entre una y otra versión, tal vez un error aceptable en términos historiográficos, pero cardinal desde el punto de vista astrológico.

Hacia ese fin se encamina el estudio realizado por Gustavo Adolfo Sanfiel Vasseur, quien de manera espontánea aportó el interesante dato a la Oficina del Historiador de la ciudad de Bayamo. En carta remitida a su director, Ludín B. Fonseca García, el 17 de noviembre de 2019, expresa:

“Como usted conoce, desde hace varias semanas, tanto yo como el Sr. Vicente Rausell Lillo (eminente astrólogo español), nos hemos dedicado a la tarea de descifrar la hora de nacimiento del prócer cubano y Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo. La primera corrección arrojó como resultado las 21 horas, 35 minutos y 12 segundos, la cual ubicaba al Ascendente del patriota a unos 17°:53 minutos del signo de Sagitario; ésta chocaba con un aspecto esencial de la Astrología, y era que la estructura física y personal no se correspondía con los aspectos fenotípicos reales de Céspedes. De acuerdo a los vistos en sus cuadros y frontispicios, en su maqueta de cera, en las descripciones de sus contemporáneos,³ su Ascendente correspondía a Escorpio. Si a esto le sumamos su naturaleza romántica, marcial y amorosa en su vida, entonces está emparentado con

Tú eres... el fundador de un linaje en el espíritu. Amaury de Jesús Palacio Puebla

Amaury-2016

el arquetipo de Escorpio. Estas nuevas observaciones exigían de una nueva corrección de la hora natal. Gracias al altruismo del colega Vicente Rausell Lillo, aplicamos su método del Ciclo Soli-Lunar CSL, de gran alcance en los medios modernos de rectificación, y se llegó a la conclusión unificada de que Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria Cubana, nació en la Villa de San Salvador de Bayamo, el día 18 de abril de 1819, a las 19 horas, 41 minutos y 12 segundos, (7:41 p.m. hora local) para un Ascendente a 17°:33 minutos y 12 segundos del signo de Escorpio.

A propósito, le incluyo el mapa natal⁴ del Padre de la Patria como aporte gráfico para su archivo y para aquellos que deseen ampliar en el hecho histórico. La descripción, resumida, es la siguiente: Las líneas de colores (rojos friccionales; azules y verdes, oportunidades) que unen a los símbolos planetarios, representan la dinámica física, emotiva y espiritual del nativo. Con su Sol en Aries, Leo al Medio Cielo (MC) y Casa 6, conjunto al Nodo Norte o jupiteriano define su liderazgo en la vida social y política de Cuba. La agrupación o Stellium planetario en Piscis y Casa 5 trata sobre las creaciones, aventuras e hijos, elementos importantes en la corrección horaria".

Al consultar varias fuentes escritas y digitales, se constató que las cualidades y elementos de los nacidos bajo la influencia de Escorpio concuerdan con los rasgos más significativos de su personalidad: Este signo, el octavo del zodiaco, es intenso y se caracteriza por la pasión, la tenacidad y la emoción. Simboliza un carácter persuasivo, una mirada inteligente y desprende un gran magnetismo, virtudes de las

cuales gozaba Céspedes, muchas reconocidas por sus más enconados detractores, debido a su fuerza de voluntad y estoicismo ante diversas circunstancias de su vida, como la muerte de su hijo Oscar, a manos de los españoles; o cuando fue destituido del cargo de Presidente de la República en Armas, por sus propios compatriotas.

Al nacer Céspedes un 18 de abril, su signo es Aries, pero es saludable aclarar que el estudio no ofrece contradicción alguna. Este signo está fundamentado por la posición solar, mientras que el signo Escorpio, que define la personalidad, por la hora de nacimiento.

Muchos de los caracteres que adornan a Céspedes nos conlleva a aceptar la hora sugerida como la exacta del nacimiento del gran caudillo bayamés. El resultado es polémico, pero resulta un aporte al conocimiento de la vida de esta ilustre personalidad de la historia cubana.

Citas y notas

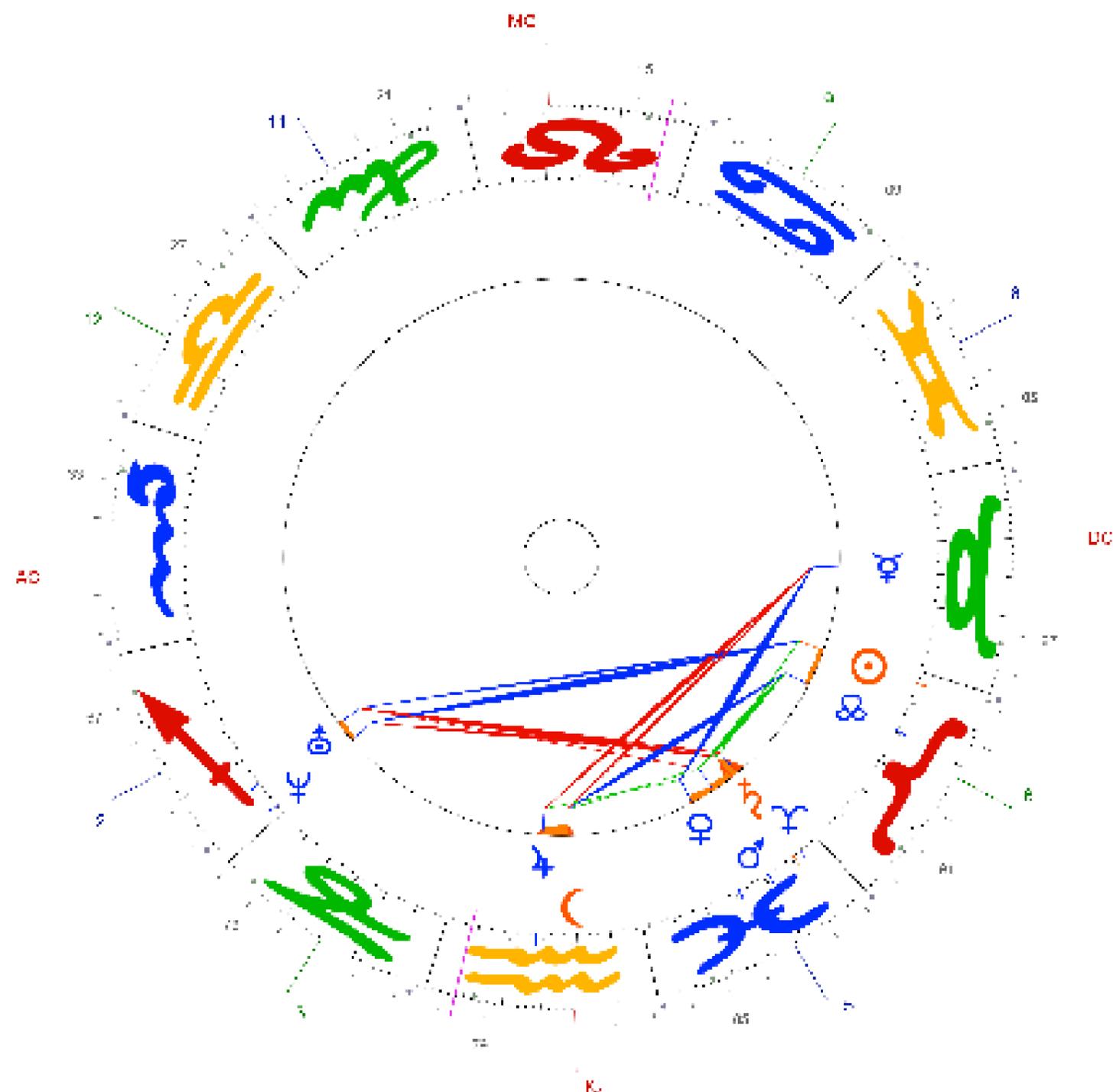
¹Aldo Daniel Naranjo Tamayo: El estandarte que hemos levantado. Cronología, Ediciones UNHIC, La Habana, 2019, p. 19.

²Evelio Traba Fonseca: El camino de la desobediencia, Ediciones Boloña, La Habana, 2017, p. 49.

³Manuel Anastasio Aguilera: Semblanza de Céspedes, apud.: Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo: Carlos Manuel de Céspedes. Escritos, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 40.

⁴El mapa ha sido confeccionado con el programa astrológico ASTRO-NEX.

Carta Natal Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo



BIOGRAFIA NECESARIA

Ludín Fonseca García

El panegírico sobre la vida y obra de Manuel Anastasio Aguilera, escrito por Eladio Aguilera Rojas, aporta información novedosa. Los juicios historiográficos del biógrafo generaron polémicas en las dos primeras décadas de la república establecida en 1902, especialmente los aparecidos en el libro Francisco Vicente Aguilera y la Revolución de 1868, por la defensa a ultranza de su padre Francisco Vicente Aguilera Tamayo. Este texto anda por aguas apacibles. Quizás se sobredimensiona el papel de Anastasio durante la preparación de la conspiración, aunque es justo reconocer que fue uno de los fundadores del Comité Revolucionario de Bayamo.

El autor, como era común entre sus contemporáneos, no señala de dónde extrajo la información. Los vínculos familiares —su padre y Anastasio eran primos y compadres—debieron tributar el mayor volumen de datos. El biografiado es tan desconocido que solo se referencia su primer apellido, una nube de humo ocultaba el de su madre. Patriota entero; no encontramos en él aquellas pasiones de bando que tanto daño hicieron durante la lucha independentista de 1868. Anastasio ejerce como ayudante y secretario de Aguilera, y a su pluma debemos, según palabras de Hortensia Pichardo, “una de las semblanzas más completas de Céspedes”, publicada en París, en 1874, en *El Americano Ilustrado* político y literario.

MANUEL ANASTASIO AGUILERA¹

Nació Manuel Anastasio Aguilera en Bayamo, el 15 de agosto de 1815. Fueron sus padres el Ldo. Miguel Aguilera Tamayo y la Srta. María del Carmen Vargas Machuco, perteneciente esta última a una de las más distinguidas y ricas familias de la vecina República de Santo Domingo. Tuvieron cuatro hijos, dos hembras y dos varones.

Manuel Anastasio, uno de ellos, fue enviado por sus padres a la Habana a hacer sus estudios y se graduó en Bachiller en Filosofía. Vuelto a Bayamo se dedicó a atender los importantes intereses de su familia. Era de carácter fuerte, enérgico y vehemente. Sin embargo, estas cualidades estaban refrendadas por una gran prudencia y poderoso dominio sobre sí propio, por otra parte, era de sentimiento delicado, pundonoroso, honrado y leal con sus amistades. Casó con la Srta. Teodosia Martínez que le dio cuatro hijos, dos varones y dos hembras.

Por ese tiempo estrechó relaciones con su familiar Francisco Vicente Aguilera de tal suerte que por el resto de su vida permanecieron siempre unidos por la más firme y verdadera amistad. Francisco Vicente pronto supo apreciar en su pariente sus altas dotes de inteligencia, probidad, fiel adhesión y otras no menos importantes, y como por los cuantiosos intereses que manejaba necesitaba a su lado hombres en quienes pudiera depositar su confianza, comprendió que ninguno como Manuel Anastasio le convenía tener cerca de sí como auxiliar de confianza para el desenvolvimiento de las importantes y variadas empresas en que tenía dividida su atención. Y no se equivocó: Manuel Anastasio se mantuvo siempre

al lado de su afectuoso pariente, desde su juventud hasta la muerte del último, y le prestó invaluable servicios en todos los órdenes, tanto en sus intereses [roto] los trabajos revolucionarios.

Fue Manuel Anastasio la primera persona a quien Francisco Vicente Aguilera le hiciera confidencias respecto a la revolución de 1868: y la primera reunión en que seriamente se trató de dar principio a esa revolución la compusieron Francisco Vicente Aguilera, Francisco Maceo Osorio y Manuel Anastasio Aguilera. En esa reunión se acordó que cada uno de estos tres individuos hiciesen propaganda entre sus amigos, para contar un número de afiliados suficientes y tener una reunión de todos ellos, a fin de que se nombrara un Comité revolucionario y dar comienzo a la revolución. Manuel Anastasio, al par que sus compañeros se multiplicó para conseguir prosélitos, obteniendo el mayor éxito. Debido a esa activa y acertada propaganda en la que tanta parte tomó Manuel Anastasio, fue que a los pocos días se reunieron en la morada del abogado Pedro Figueredo un número considerable de distinguidos y entusiastas patriotas en la que tomó carácter formal el movimiento revolucionario.

Y no es esta una simple apreciación nuestra. Lo que decimos comprobado está con el certificado que dio Francisco Maceo Osorio con motivo de la información de sus servicios a la causa de la revolución que promovió Manuel Anastasio en Cuba libre el año 1869. Dice así el citado certificado.

“Certifico que el Ciudadano Coronel Manuel Anastasio Aguilera fue el primer confidente del pensamiento revolucionario que se realizó en

Octubre de 1868, constituyéndose en agente activo e inteligente de los primeros pasos que se dieron en favor de la causa de la libertad de Cuba en ese periodo y prestando después importantes servicios como miembro de las juntas patrióticas que tuvieron lugar en la ciudad de Bayamo, y que en el cumplimiento de sus funciones se condujo con la mayor abnegación. –Y en virtud de lo decretado por el C. Presidente de la República, para los usos que puedan convenirle, expido la presente en la De [roto] da de Cascorro a 9 de agosto de 1869. –Francisco Maceo. –Hay un sello”.

Como dejamos dicho y probado, Manuel Anastasio aún antes de empezar el periodo de la conspiración para el movimiento de 1868, cuando la idea de ese movimiento aún no había salido del cerebro de Francisco Vicente Aguilera donde se engendrara, fue a Manuel Anastasio a quien Francisco Vicente Aguilera primero lo comunicó; y recibida con calor y entusiasmo por Manuel Anastasio, se comunicaron ambos con Francisco Maceo Osorio, autor del citado informe y testigo de mayor excepción; y reunidos estos tres próceres en pequeño comité, resolvieron acumular combustible y prender fuego a la hoguera que había de consumir el último vestigio de la dominación española en América y traernos la patria libre de que hoy disfrutamos los cubanos. Y desde aquel instante Manuel Anastasio no se dio momento de reposo hasta su muerte, trabajando siempre con fe y perseverancia por la realización de su ideal amado. Y cuando ya cargado de años, de padecimientos y desengaños, como veremos más luego, llegó a



él la voz de la patria que lo llamaba por conducto de un patriota y amigo, sin titubear respondió “Presente”, y abandonando el bienestar de que gozaba, corrió a hacerse cargo de una empresa muy superior a sus fuerzas y la desempeñó con cumplido éxito, aunque más luego maltrecho por las penalidades que sufriera, hubo de retirarse a su casa a morir.

Y sin embargo, ¿cuántos son los cubanos hoy que conocen siquiera el nombre de Manuel Anastasio Aguilera? Bien pudiéramos contestar que ninguno. Pero no es esto tan extraño. Volvamos a preguntar. ¿Cuántos cubanos saben quién fue Francisco Maceo Osorio? Tal vez no nos equivoquemos mucho si también contestamos que ninguno. Mas tampoco es esto lo más extraño. Volveremos a preguntar. ¿Y cuántos cubanos conocen quién fue Francisco Vicente Aguilera? Hasta hace poco no se le conoció mejor que a Francisco Maceo Osorio; y aún hoy no son muchos los cubanos que saben la parte que Francisco Vicente Aguilera tomó en la revolución de 1868. Desconsoladoras realidades. Y sin embargo, estos tres hombres, con el abogado Pedro Figueredo fueron los que levantaron los cimientos sobre que se ha fundado la presente República de Cuba. Más de este desconocimiento de nuestros hombres más meritísimos no puede inculparse por entero a los cubanos, puesto que a él ha contribuido una serie de concausas en la que por mucho entra la flaqueza de la condición humana. Es esta la causa que nos ha impulsado a escribir la presente reseña biográfica de Manuel Anastasio Aguilera. Para en lo que de nosotros dependa, tratar de que se remedie esta injusticia.



Durante el periodo de la conspiración fueron importantísimos los servicios que prestó Manuel Anastasio a la causa revolucionaria, desempeñando con discreción y sagacidad insuperables las comisiones más delicadas que le diera Francisco Vicente Aguilera, que como jefe de la conspiración era quien llevaba la dirección de ella.

Al estallar la revolución Manuel Anastasio se incorporó al general Francisco Vicente Aguilera en calidad de Ayudante y Secretario. Asistió al combate de Guabatuaba, donde el general Aguilera con sus fuerzas y el general Modesto Díaz derrotaron la columna que mandaba el coronel español Campillo, fuerte de setecientos hombres. Pasó Manuel Anastasio a Bayamo con una comisión del general Aguilera y allí el Capitán General Carlos Manuel de Céspedes le ordenó quedarse en el campamento, confiriéndole varios empleos y comisiones, entre otras la de formar un campamento atrincherado en la Sierra Maestra para la guarda de los importantes prisioneros hechos cuando la toma de Bayamo. Nombrole después Jefe del cuerpo de sus ayudantes y luego Gobernador del campamento de la Presidencia.

Manuel Anastasio, que sentía predilección por el general Aguilera, quiso prestar sus servicios a la patria cerca de él y con tal motivo hizo renuncia de su cargo en la Presidencia y pidió se le destinase a Oriente, región entonces al mando de su Jefe preferido. El Presidente Céspedes le denegó esta solicitud, acompañando el oficio adverso con una carta particular muy afectuosa; mas Manuel Anastasio persistió en su empeño y el Gobierno hubo de concederle su atención. En abril de 1870 fue nombrado Inspector

de Hacienda de Bayamo. En junio del mismo año le confirió el Gobierno el grado de Teniente Coronel del Ejército Libertador. En diciembre fue nombrado Secretario de Estado interino.

Hay que advertir que ninguno de estos cargos los obtuvo Manuel Anastasio del general Aguilera ni por influencia de este, sino que los debió a sus propios méritos, pues el general Aguilera nunca confirió cargos ni empleos a sus parientes, a diferencia de lo que en todos tiempos ha sucedido y sucede con los jefes, pues su extremada delicadeza no se lo permitía.

Cuando el general Aguilera fue nombrado por el Gobierno en junio de 1871 para la comisión que lo llevó al extranjero, quiso que Manuel Anastasio lo acompañara con el cargo de Ayudante, porque juzgaba sus servicios muy importantes, y quebrantando su costumbre, así lo pidió al Gobierno y le fue concedido.

En los Estados Unidos, Manuel Anastasio se consagró en cuerpo y espíritu a ayudar al general Aguilera en la magna empresa de mover el patriotismo de los cubanos adinerados de la emigración, en lo que fracasó como fracasó el general Aguilera y otros patriotas más, y era necesario que fracasaran todos los que en aquella época se hubieran propuesto tal propósito.

Muerto el general Aguilera en New York, y acordada la paz del Zanjón, Manuel Anastasio que había hecho juramento de no volver a ponerse bajo el pabellón español, renunció a su patria y a cuanto en ella poseía en propiedades urbanas y rústicas y se propuso, ya viejo y achacoso, emprender el arduo empeño de abrirse camino en el extranjero a fin de con su trabajo ganar lo necesario para el sostenimiento de su familia y el

suyo propio. Se dirigió a Panamá y de ahí a las repúblicas de Centro América. En Honduras tuvo muy buena acogida por el general Marco Aurelio Soto, Presidente de aquella república, quien le facilitó un destino de administrador de Aduana y de Correos de Amapala. Pronto tuvo que renunciar a este último puesto por ser demasiado el trabajo que sobre él recaía, quedándose con la administración de la Aduana que desempeñó por cuatro años.

El general Soto y Manuel Anastasio conservaron muy buena amistad, llevando una frecuente correspondencia. Habiendo resuelto el general Soto hacer un viaje a Europa con su familia, escribió a Manuel Anastasio diciéndole deseaba lo acompañase en calidad de Secretario, y a ese efecto le concedió licencia para dejar su destino por el tiempo que fuera necesario. Partió Manuel Anastasio para Tegucigalpa a reunirse con el general Soto, y por el océano Pacífico se embarcaron para San Francisco de California por haber preferido esa ruta. Llegados a San Francisco recibió el general Soto noticias de la capital que le hicieron cambiar de propósito, resolviendo continuar viaje solo, dejando en San Francisco la familia al cuidado de Manuel Anastasio. A la vuelta del general Soto, como se hubiese producido un movimiento revolucionario en Honduras desfavorable a él, hizo renuncia de la Presidencia y comisionó a Manuel Anastasio para que la entregase al nuevo Presidente. Manuel Anastasio se presentó en la capital en desempeño de su comisión y entregó la renuncia del general Soto al general Luis Vogram, que era el nuevo Presidente. Vogram lo recibió muy bien, le dijo que su destino en Amapala estaba a su disposición,



pero Manuel Anastasio suplicó concediese una prórroga de cuatro meses a su licencia para tener lugar de ir a visitar su familia en la isla de Jamaica, la que hacía unos seis años no veía. El Presidente concedió la ampliación de la licencia y Manuel Anastasio partió para Jamaica. A su regreso a Tegucigalpa las cosas habían cambiado bastante. La situación política era diferente a la anterior y muchos cubanos que debían sus puestos al caído general Soto, se les había puesto fuera de ellos para hacer lugar a los amigos del general Vogram. Manuel Anastasio, uno de los favorecidos del general Soto, sabedor de lo que ocurría, cuando se presentó a su sucesor, fue con algún recelo. Sin embargo, el general Vogram lo recibió amablemente, le dijo que había dispuesto de su destino en Amapala con intención de darle otro mejor en la capital, pues deseaba tenerlo cerca de sí. Manuel Anastasio le manifestó su agradecimiento y se puso a su disposición. No faltaron fundamentos para el aprecio que de Manuel Anastasio hicieron tanto el general Soto como su contrario el general Vogram. Era evidente y público, no solo en Amapala sino en los círculos oficiales de la capital, que la Aduana de Amapala nunca había rendido cuentas tan favorables como las presentadas por el coronel cubano Manuel Anastasio Aguilera durante los varios años que la tuvo a su cargo. El orden en las oficinas era perfecto y grande la satisfacción del público por la brevedad que se observaba en el despacho de los negocios y las consideraciones con que a todos se trataba. Manuel Anastasio, que era un patriota de veras, en el extranjero, creía vinculado en él el honor de Cuba: por eso era tan escrupuloso en sus actos,



evitando todo lo que pudiera obrar de algún modo en menoscabo de su patria y tratando de realzar más bien el nombre de cubano. Estos fueron los motivos porque Manuel Anastasio fue tan apreciado de todas las personas, altas y bajas, en aquella república y donde quiera que pudieran apreciarse sus relevantes cualidades de patriota y de hombre de honor.

Por esa fecha se encontraba el general Máximo Gómez residiendo con su familia en San Pedro de Sula, cerca del litoral del golfo de Honduras. Proyectando un nuevo movimiento revolucionario en Cuba y sabiendo que Manuel Anastasio acababa de llegar a Tegucigalpa de Jamaica, le escribió solicitando su cooperación. Esta carta se cruzó con otra de Manuel Anastasio noticiándole su llegada y favorable acogida por el Presidente general Vogram. En seguida de enterarse de esta carta le puso el general Gómez un telegrama que decía: "Si consiguió destino, no venga. He leído su carta". Cuando Manuel Anastasio recibió este telegrama ya había contestado la carta del general Gómez aceptando, e inmediatamente le envió otra carta en la que se lee este párrafo "[...] cuando la voz de la Patria o la voz del amigo habla, es un deber ocurrir, dejándolo todo: y tuve la alta satisfacción de contestar a Ud. como debía contestar el patriota y el amigo. Con propósito firme he dejado de admitir dos destinos que aquí se me han propuesto y saldré de ésta sin ocupar ninguno".

Y en efecto, la simple invocación de la patria hizo que Manuel Anastasio abandonara el relativo bienestar que se le ofrecía y se lanzara a las incertidumbres y penalidades que por larga y dolorosa experiencia sabía

envolvían siempre al patriota de aquella época.

Recibió Manuel Anastasio otra carta del general Gómez fecha 19 de febrero de 1884, en la que entre otras cosas le decía: "Necesito con gran interés tener una conferencia con Ud. pues es uno de los sujetos que figuran en primera línea en mi programa para emprender serios y ordenados trabajos para dar aliento a la latente causa de Cuba. -De la conferencia que tenga con Ud. es probable que salga resuelto lo principal de que muchos al ocuparse de los asuntos de Cuba, a todo han atendido menos a eso".

Otra carta de 11 de marzo decía así:

"Ahora bien, mi interés en que tengamos una conferencia es tal, que la creo indispensable, siendo así (y no se burle de mi creencia) que pienso que si algún motivo cualquiera me impidiese hacerlo, yo marcharía con desconfianza en los trabajos que pienso emprender. Cada hombre tiene sus debilidades y yo tengo las mías. La historia cuenta que Napoleón creía en augurios. -Al verlo le declararé este secreto de mi corazón y quedará U. enterado".

Citamos estos párrafos de cartas del general Máximo Gómez para probar de manera irrefutable la confianza que el citado general tenía puesta en Manuel Anastasio. El general Gómez lo conocía desde mucho antes de la guerra del 68, sabía la clase de hombre que era y por ese motivo, al comenzar una empresa en la que se jugaba el bien de Cuba, la suerte de su familia y su vida misma, no es extraño que tratase de buscar el auxilio de hombres probados en todos sentidos y en los que pudiera depositar su entera confianza.

Después de vencidas algunas dificultades que se le ofrecieron para encontrar un guía que lo condujese por el camino, salió al fin Manuel Anastasio de Tegucigalpa rumbo a San Pedro de Sula, donde con tanto interés lo esperaba el general Gómez.

El viaje fue muy penoso, por caminos solitarios e impracticables, llenos de barrancos y precipicios por donde tenían que andar muy despacio para no desriscarse. Lo acompañaba un práctico o guía. Tardaron diez largos días y cuando Manuel Anastasio llegó a San Pedro estaba más muerto que vivo.

Avistado con el general Gómez, le refirió éste que a él se le llamaba de los Estados Unidos por los cubanos allí emigrados a fin de que se pusiera al frente de un movimiento revolucionario que proyectaban para independizar a Cuba: y él, que no tenía otro pensamiento ni otro deseo que éste, quería cerciorarse de si el proyecto tenía toda la seriedad necesaria para prestar entonces su consentimiento, pues de otra manera muy lejos de hacer un bien, solo haría un mal a la causa que con tanto amor y fe había abrazado. Le reveló también que el general Antonio Maceo y Tomás Estrada Palma estaban en la combinación. Manuel Anastasio se puso incondicionalmente a la disposición del general.

En una serie de conferencias discutieron y formaron el plan revolucionario que debía adoptarse y la misión que Manuel Anastasio saldría a desempeñar en el extranjero. El plan o programa constaba de varias cláusulas que en síntesis daremos a conocer:

CLÁUSULA PRIMERA: Se robustecerían los comités y clubs revolucionarios ya existentes y se formarían otros

nuevos a fin de que si posible fuese, no quedase un solo cubano fuera de ellos. Al mismo tiempo estas asociaciones formarían un gran centro o Junta Gubernativa a las que todas obedecerían, para obtener por este medio la necesaria unidad de acción.

CLÁUSULA SEGUNDA: Esta Junta Gubernativa podía componerse de cinco individuos escogidos por su honorabilidad. Esta Junta, posiblemente podía servir de base para la futura organización de un Gobierno Provisional en Cuba.

CLÁUSULA TERCERA: La expresada Junta sería el centro con que debería entenderse el Jefe Superior a quien se le confiara la dirección de la guerra y mando en Jefe del Ejército.

CLÁUSULA CUARTA: Organizada la Junta, se procedería en término perentorio a la reunión de DOS CIENTOS MIL PESOS por lo menos, a cuya colecta contribuirían sin excusa todas las asociaciones.

CLÁUSULA QUINTA: Para la guarda de estos fondos se constituiría un depósito o Caja Militar a cargo de tres individuos elegidos del seno de la Junta Gubernativa. La Caja despacharía únicamente las órdenes de pago giradas contra ella por el General en Jefe, con el visto bueno del Presidente de la Junta. El General en Jefe sería el encargado, exclusivamente, de hacer los primeros aprestos de guerra para abrir la campaña.

CLÁUSULA SEXTA: Lanzado el General en Jefe al campo de la lucha, la Junta Gubernativa seguiría enviando elementos de guerra, de acuerdo con el mismo general.

CLÁUSULA SÉPTIMA: El nombramiento de General en Jefe sería hecho por el mayor número de cubanos, ya fueran o no a combatir al campo, puesto que todos los cubanos estaban en el deber

de auxiliar la revolución, ya militarmente ya de cualquier otra manera.

CLÁUSULA OCTAVA: Nombrado el General en Jefe, tocaría a éste la organización del Ejército, dándole para este fin así como para los asuntos de la guerra, las más amplias facultades para formar reglamentos, órdenes generales y especiales, etc., mientras no fuera absolutamente necesaria por las circunstancias la institución civil.

CLÁUSULA NOVENA: Los revolucionarios cubanos deberían observar una política de atracción, sin ofender a cubanos ni a españoles, cualesquiera que fueran sus antecedentes. La prensa cubana sería la encargada de esta importantísima tarea, trabajando en este sentido, si fuera posible en todos los idiomas.

Importante se creía, que por entonces la prensa guardara absoluto silencio sobre lo que se proyectaba. El medio más seguro de vencer, decía, es saber por dónde, cuándo y cómo viene el enemigo. Procuremos que de nosotros se ignoren estas tres circunstancias.

Este programa está fechado en San Pedro, Honduras, el 20 de marzo de 1884 y firmado por el general Máximo Gómez.

Al mismo tiempo se redactó una circular dirigida a los diferentes clubs cubanos en los Estados Unidos, por medio de la cual se sometía el Programa a la consideración de los mismos clubs, manifestando que el coronel Manuel Anastasio Aguilera, comisionado por el general Gómez, estaba plenamente autorizado para a viva voz, ser el intérprete fiel de los propósitos e ideas del referido general, y manifestando que de la pronta solución de los principales puntos del propio Programa, dependía que el general Gómez marchara



inmediatamente a ponerse al servicio de los intereses de Cuba.

También el general Gómez dio un memorándum a su comisionado conteniendo todas las instrucciones necesarias para el desempeño de su misión.

Terminados ya estos preparativos, salió Manuel Anastasio a desempeñar su comisión, continuando su ruta a caballa a Puerto Cortés, y en este lugar tomó un vapor frutero para Nueva Orleans. Las penalidades de estos viajes fueron una continuación del de Tegucigalpa a San Pedro. En Nueva Orleans fue atacado de fiebres palúdicas. Sin embargo de estas contrariedades como su misión no admitía demoras, la acometió con ardor, presentándose en los diferentes clubs, dando a conocer el Programa del general Gómez, manifestando las patrióticas aspiraciones de este general y enardeciendo el espíritu patriótico de los emigrados a fin de que el Programa fuera aceptado y se dispusieran desde aquel instante a darle cumplimiento. La misión de Manuel Anastasio tuvo el mayor éxito, se aceptó el Programa íntegro, y tan solo pidieron los emigrados que el general Gómez se presentara en los Estados Unidos a fin de que se pusiera al frente de los trabajos y por este medio se facilitase la reunión de la suma necesaria que se solicitaba.

De Nueva Orleans pasó a Cayo Hueso donde practicó las mismas diligencias con el propio magnífico resultado; y de Cayo Hueso fue a Nueva York, haciendo estos viajes por vapor. Nueva York correspondió de la misma manera satisfactoria que los otros lugares. En todas partes el deseo general era que el general Máximo Gómez se presentase en los Estados Unidos, y se pusiera al

frente de los trabajos. El entusiasmo era inmenso, los emigrados no deseaban otra cosa que la revolución y estaban persuadidos que si el general Gómez se ponía al frente de ella, el resultado era seguro.

Manuel Anastasio desde cada uno de los puntos que visitaba, escribía al general Gómez el resultado de sus gestiones. Para dar al lector una idea auténtica de la manera cómo fue desempeñada esta misión, citaremos un párrafo de la carta del citado general, que dice así:

“San Pedro, 15 de julio de 1884. –Sr. Coronel Manuel Anastasio Aguilera. [...] Yo he recibido todas las de U. (tan puntual como Dios lo ha hecho) me dirigió desde el Continente y el Cayo, y a mi vez le contesté en los términos que se merece el hombre que ha sabido cumplir con tanta prudencia y buen tacto, como fortuna la comisión confiada a su cuidado. Esto me ha hecho augurar buen éxito en los demás trabajos y empresas”.

Concluida la misión de Manuel Anastasio en los Estados Unidos, no contando con recursos para mantenerse en ese lugar y esperar el desenvolvimiento del plan, optó por ir a Jamaica donde tenía su familia y allí tomar el descanso de que tan necesitado estaba.

Debemos consignar aquí que todos los gastos para esta misión, desde su salida de Tegucigalpa hasta su llegada a Jamaica los hizo Manuel Anastasio de su peculio particular, no habiendo recibido otros auxilios que cincuenta pesos que se le dieron en Cayo Hueso y setenta y cinco en Nueva York, para pasajes.

El general Gómez acudió al llamamiento de los cubanos emigrados en los



Estados Unidos, y desde allí escribió a Manuel Anastasio una carta que comenzaba así:

“Nueva York, octubre 2 de 1884. Sr. Coronel D. Manuel A. Aguilera. –Kingston. –Querido amigo. Es urgentísimo que lo más pronto posible pase Ud. a Colón y Panamá, y poniéndose de acuerdo con los principales hombres de aquellos centros de emigrados, proceda a organizarlos en un solo club si es posible, o en dos a lo más, según el Programa [...] Para levantar fondos, que es lo que se quiere, basta un club con su directiva [...] Toda intentona que se haga aisladamente, desobedeciendo el plan general, perjudica muchísimo la Revolución, si es que pretendemos levantarla formidable en cuanto cabe. Lo demás, amigo mío, es juego de muchachos y todos deben saber, sino lo saben, que ni yo ni el general Maceo nos hemos movido para eso [...] Marche Ud., amigo mío, póngase al habla con esos centros, ábrales mi corazón, pues Ud. lo conoce y conoce mis ambiciones y mis propósitos [...] Después, y una vez concluido su trabajo, o desairado que sea, corra Ud. para aquí, Nueva York. Miguel Luis, (hijo de Manuel Anastasio) me acaba de decir que envía a Ud. dinero [...]”.

La última empresa de Manuel Anastasio había dejado muy quebrantada su salud. El penoso viaje de diez días a caballo, por caminos infernales, de Tegucigalpa a San Pedro, los siete días más de viaje en un incómodo vapor frutero de Puerto Cortés a Nueva Orleans y las fiebres que le atacaron en este último lugar, lo habían agobiado sobremanera. Sin embargo, continuó su misión y concluida esta fue en busca del reposo



y la salud perdida al lado de su familia en Jamaica. Algo mejoró allí, pero distaba mucho de encontrarse repuesto. En este estado se hallaba cuando recibió la carta del general Gómez a que nos hemos referido. Con gran pena de su alma le contestó manifestándole el deplorable estado físico en que se encontraba, por más que el ánimo y el entusiasmo se mantenían tan vivos en él, como siempre. Que ya la materia, hartamente quebrantada se resistía y el espíritu no tenía fuerzas bastantes para arrastrarla donde él quisiera llevarla. No pudo, por lo tanto, Manuel Anastasio cumplir el último encargo del general Máximo Gómez.

No sabemos de fijo los motivos que hicieron fracasar esta intentona de llevar otra vez la revolución a Cuba. Suponemos que la cláusula del Programa de San Pedro que decía eran necesarios doscientos mil pesos para dar comienzo a la revolución, fue el escollo en que se estrelló el plan, pues demasiado sabemos que los emigrados pobres siempre estuvieron dispuestos a dar su vida por la independencia de la patria, pero los ricos no lo estuvieron a dar su dinero. Tal es la condición a que ha llegado la humanidad, que le son más caros los intereses que la vida.

La salud de Manuel Anastasio no llegó a reponerse más. Su decadencia aunque lenta fue constante y solo se reanimaba y rejuvenecía cuando con sus paisanos hablaba de nuevos proyectos revolucionarios que esperaban pronto diera a Cuba su ansiada independencia.

A mediados del año 1886 el oleaje revolucionario había echado a Kingston, Jamaica, los más notables patriotas cubanos en el extranjero. Encontrábanse Antonio y José Maceo, Flor Crombet, Máximo Gómez, Pedro

Castillo, Morúa Delgado, Alejandro González, Dr. Eusebio Hernández, Rogelio Castillo, Cebreco y otros más notables revolucionarios. Excusado es decir que el mayor placer de Manuel Anastasio era reunirse con esos compatriotas y tratar de su tema favorito: formar planes para realizar el próximo movimiento que trajera la independencia de Cuba. Ya a fines de julio se notó que Manuel Anastasio no era tan asiduo concurrente a sus reuniones. Se supo también que era debido al mal estado de su salud que le impedía salir de casa. Desde entonces la morada del insigne patriota se vio asediada de cariñosos amigos que iban a informarse de su salud y departir con él. Como su mal fuese empeorando, en los últimos días de su vida sus amigos establecieron una guardia permanente de dos cubanos que se mantuvieron en la morada del enfermo, de día y de noche, relevándose por horas, con objeto de prestarle cualquier auxilio que necesitase. Finalmente, el día 17 de agosto de 1886 entregó su alma al Creador el eximio patriota.

Sus funerales fueron una sentida demostración de duelo. Acudieron todos los cubanos residentes en Kingston y muchos ingleses. En el cementerio se pronunciaron muy sentidas oraciones fúnebres en honra del finado. La última la dijo el Dr. Eusebio Hernández, y si bien otro cubano quiso hablar después, el general Máximo Gómez, que fue quien presidió el duelo, no lo permitió, porque el acto se había prolongado demasiado, la noche estaba encima y era hora de dejar el cementerio. Al día siguiente los periódicos cubanos de la localidad, El Deber y El Cubano Libre publicaron extensos y expresivos escritos de duelo recordando los grandes merecimientos

del insigne desaparecido y ensalzando sus virtudes.

Eladio Aguilera Rojas
Manzanillo, noviembre de 1914.

Antonia Caridad Buitrago Fernández, conocida por Toñita. Dedicó 25 años de su vida a la conservación y difusión del patrimonio del Padre de la Patria, como directora de la Casa Natal Carlos Manuel de Céspedes.



Citas y notas

¹Archivo Nacional de Cuba: Fondo Donativos y Remisiones, leg. 655, exp. 47.



